La Ilustración Artística

Año X — Barcelona 2 de marzo de 1891 — Núm. 479

Con el presente número repartimos como obsequio á nuestros suscriptores una reproducción en colores del cuadro al óleo de D. José M. Marqués UNA CALLE DE GRANADA



LA RECOMPENSA DEL TRABAJO, escultura de D. Antonio Parera

SUMARIO

MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

El Carnaval. – Los franceses y la música alemana: la dramática de Wagner. – Bismarck y Guillermo II.—Una boda notable.

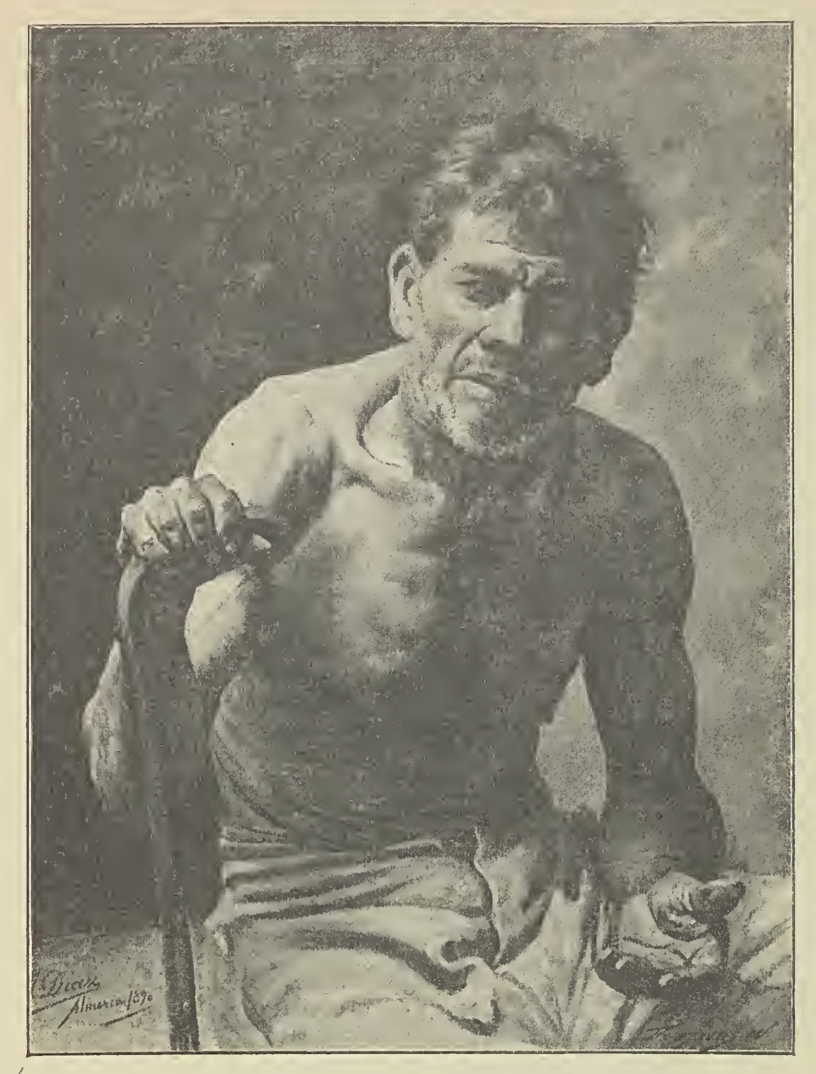
I

Hemos pasado las Carnestolendas. Y después de haberlas pasado, hase convenido en que, año por año, decaen semejantes fiestas. En Madrid no hay quien olvide las de ayer, y al compararlas con las de hoy no se duela del triste decaimiento á que llegamos en caretas, máscaras y bromas. Pues aún peor en París. Diario hay allí que imputa con toda formalidad á los ministros el propósito de impedir las mascaradas con el objeto de que no los zahieran en caricaturas vociferadoras y ambulantes. Cierto: el Carnaval ha decaído mucho en Madrid y mucho más en París todavía. ¿Qué remedio tiene todo esto? El Carnaval de París no es el Carnaval de Roma que Dumas describió en el *Monte-Cristo*, ni el *Carnaval de Venecia* que Paganini ha llevado en las cuerdas de su violín por el mundo. Hay ciertas fiestas incompatibles con las ciudades populosas, donde todo se obscurece; hay ciertos goces incomprensibles donde la vida individual se pierde por completo en la colectiva, como los ríos en el mar. El Carnaval era una especie de excepción puesta por la ley de la costumbre á la vida ordinaria en las ciudades antiguas. Cada máscara parecía un Pasquino; cada broma una sátira, ó si se quiere, un libelo. El objeto de tal fiesta era, no sólo divertir la vista con el color del traje y enardecer la sangre con el movimiento del baile, sino castigar los pecadillos de la vida con la libertad de crítica y examen. El amante ingrato, el marido infiel, la mujer burlona, la amiga chismosa, el jugador, el vicioso, ya sabían que el Carnaval todos los años les guardaba su correspondiente castigo en palabras duras y en bromas pasadas. Pero en estas inmensas ciudades donde todo el mundo se pierde en las muchedumbres anónimas, en las tumultuosas olas de gentes que aparecen un minuto sobre la superficie y desaparecen con igual rapidez por los abismos; aquí, donde nadie se conoce, donde al volver la esquina comienza una vida nueva, ¡oh! es imposible que el Carnaval tenga el hechizo de las cultas, de las artísticas, de las pequeñas ciudades antiguas. ¿Cómo criticar al que no conocéis? ¿Para qué empeñaros en descubrir tras la máscara un rostro que después de visto os ha de ser desconocido, apareciendo siempre á vuestros ojos como una careta? El Carnaval me recuerda aquellas fiestas de los pueblos asiáticos, donde los criados se asentaban á la mesa y eran servidos por sus dueños; me las recuerda en el sentido de que las costumbres se cambian, y la conversación toma, al pasar por la boca de la careta, una libertad infinita. Imposible realizar nada de esto en París. La gracia parisién, universalmente celebrada, no chispea en el Carnaval. Todo lo que recogiera yo de particular en un salón donde pasara una noche entera atento á las chispas del ingenio francés, todo fué oir llamar á un pálido, tísico, y á un moreno, mulato. El parisién que ha pasado cincuenta años de su vida en París va al teatro de la Opera y puede decirse que ha emigrado; nadie le conoce, y si le conocen personalmente, nadie conoce su vida. Sin embargo, el baile de la Opera constituye todo el Carnaval de París. Lo más notable del baile es lo que llaman el *Foyer*. Si yo quisiese definir con una sola palabra este salón le llamaría el Bazar. Dicen que allá en las ciudades de Oriente, donde el islamismo impera, existe un mercado de mujeres para llenar los harenes. Allí las negras abisinias de blancos dientes, diestras en apercibir los pebeteros, preparar el café y manejar el abanico de cisne; allí las árabes de tez morena, ojos profundos como abismos de amor, trenzas negras cual una corona de azabache, con la cabeza caída sobre el pecho como la rosa que se marchita sobre su tallo á los besos del sol; allí la joven georgiana, tipo de una hermosura tan perfecta como la hermosura de las estatuas antiguas y más apasionada; allí todas las mujeres recogidas por los piratas á orillas de los mares ó por los bandidos en el seno del desierto, y que, en telas vistosas envueltas, con sus áureas argollas en brazos y pies, aguardan resignadas, como si todo sentimiento hubiera de ellas huído en la tristeza de su desgracia, á que el comprador las ajuste y las lleve á ornar los palacios y divertir los ocios de algún gran señor, al cual darán placeres que no podrán compartir, ¡pobres avecillas!, en sus doradas jaulas.

II

Ya que hablamos del Teatro de la Opera en París, mentemos que no ha podido su empresa, por patrióticas resistencias de los parisienses, cantar allí *Lohengrin*. En efecto, antes, mucho antes de que los odios contemporáneos entre Alemania y Francia hubieran estallado, París no comprendió el *Tanhausser*. Y no lo comprendió, porque un género nuevo de música, por bello y perfecto, jamás cautiva el oído, y menos el corazón de los oyentes, en las audiciones primeras. *Tanhausser* fué silbado. El innovador herido no perdonó tal agravio y llegó á holgarse con las desgracias nacionales de aquellos que le agraviaran. Por esta razón las óperas suyas no han podido cantarse de modo alguno en París, no obstante los esfuerzos empleados por sumos artistas para que se cantasen. Mas un empresario se ha liado á su cabeza la manta y ha puesto en Rouen la ópera defendiendo á los franceses por su propia dignidad. Aquella población del Norte, muy sesuda, la escuchó con respeto, y muchos entre los escritores de los que gritan contra la representación en París acudieron solícitos á la representación provincial. En esto ven algunos un buen paso dado hacia la reconciliación artística entre alemanes y franceses. Con tal motivo se han recomenzado los juicios acerca de Wagner y se han dicho mil extrañas especies. Yo no creo repelan los meridionales, y menos entre los meridionales el pueblo francés, la música de los germanos con repulsión instintiva é irremediable. No hay sino recordar cómo aplauden el *Don Juan*, de Mozart, los *Freichustz*, de Weber, el *Fidelio* mismo de Bethoven, para penetrarse de tal verdad. Pero el gran maestro último de Alemania, no sólo intentó una revolución en la ópera, intentó una revolución en el drama. Recordando cómo las flautas y las cítaras y los coros auxiliaban al teatro griego, ha querido que la complicada y maravillosa orquestación de nuestros días auxiliase al teatro suyo. Así, acercó todo cuanto pudo á la ópera el drama, y todo cuanto pudo el drama también á la ópera. Por vez primera el autor lírico aparecía también como autor dramático y componía solo una obra que pide generalmente la cooperación de dos autores. Mas no para en esto la dificultad grandísima de comprender al poeta músico: su inspiración se nutre de Alemania y sólo de Alemania. Como la cantera del Pentélico dió mármoles á Fidias y Praxiteles, dió tragedias al teatro heleno la epopeya homérica; y como la epopeya homérica dió tragedias al teatro helénico, el poema caballeresco y católico de la Edad Media germana, conocido con el nombre genérico de Niebelunghen, ha dado todos sus argumentos al eximio compositor y dramaturgo. Imposible comprender *Agamenón*, *Ifigenia*, *Orestes*, *Ayax*, ignorando la epopeya homérica; imposible comprender *Lohengrin*, *Tanhausser*, *Parsifal* y tantos otros, ignorando la epopeya germánica. En el prototipo, en el arquetipo de Padedur están vaciados todos á una los tipos de sus óperas. Contemplad al caballero y veréis en él toda la poesía caballeresca de los siglos medios alemanes. Padedur corre de región en región y llama de puerta en puerta, no para ejercer los afectos repulsivos ó combatientes de su naturaleza moral, sino para ejercer los afectos atractivos ó amorosos. Mas, de paso, encuentra por su buena estrella un rey pagano, y lo desarma y desarzona sin exigirle más que los acatamientos y homenajes al soberano Arthur, en cuyos ejércitos se había por propia voluntad alistado. Y andando, andando, sorpréndele un enorme nevasco, el cual cubre la tierra toda con su blanco sudario. Y sobre aquel nevasco vuela una paloma tan blanca de suyo como los ampos extendidos por la inmensidad, y tras de la paloma un gavilán obscurísimo y siniestro, representación éste del odio, y aquélla del amor universal. Y en efecto, las garras del ave carnicera se clavaron á una en el pecho y en el vientre de la inocente avecilla triste y amorosa. Una mancha de sangre roja se tendió y difundió sobre la nieve alba, reluciendo con gran relucimiento. Padedur hubiera dado la existencia por aquella pobre víctima y combatido á muerte con aquel horrible vencedor. Así penetraron las revelaciones tiernas del amor en el alma embravecida del guerrero. Y llevóle tal amor en sus alas al cielo, y del cielo descendió un milagro verdadero, merced á cuya virtud el amoroso encontró nada menos que un trono altísimo, y en el trono altísimo nada menos que una esposa ceñida con manto de armiño y coronada con diadema imperial. Pero esta aventura no impide ni obsta de ningún modo á sus aventuras. El destino lo llamaba con repetidos llamamientos á la conquista del gran palacio de las Maravillas, y tenía que obedecer al destino. Dirigióse, pues, enteramente solo á este lugar de misterios, donde había de tener los más terribles encuentros, como si bajara en aquel instante al pudridero de los muertos y al infierno de las sombras. Ningún mortal se atrevía de suyo á penetrar allí, porque todos quedaban como petrificados de terror dentro de la triste caverna de horrores. Padedur se atrevió. A la llegada vió un lago, y en el borde un ciervo que bebía las aguas, y al beber, de tal suerte las envenenaba que morían á una todos los peces. Padedur mató al ciervo. Entró luego dentro del castillo y encontró un ajedrez, cuyas piezas combatían las unas con las otras por sí solas. Padedur se sentó al juego y movió las piezas en competencia con aquel jugador fantástico, pero tan desgraciadamente, que sin remedio ni apelación perdió. Irritado en su amor propio por haber perdido, como suelen todos los jugadores de ajedrez, Padedur dió un puntapié al tablero. Y rodaron las piezas por el pavimento, cuya superficie se abrió en mil grietas, á guisa de volcán, cediendo paso á un gigante horrible y extremado, quien con voz estentórea le dijo cómo tenía que proceder para cumplir su destino y desencantar á tantos deudos allí encantados. Y después del gigante penetraron cuatro fantasmas en la estancia donde Padedur estaba, con cuatro lanzas, de cuyas flechas caían cuatro gotas de sangre, que al caer ¡oh! resonaban todas con horrible resonancia. Y en efecto, desencantaba de terribles encantamientos, por cuya magia estaban convertidas en piedras frías muchas doncellas de la familia de Padedur y en árboles carbonizados muchos hombres, quien tuviese valor para vencer á las brujas de los alrededores; brujas vencibles, no ciertamente por el filo de las armas, por el poder de los conjuros, cuyas fórmulas no podían hallarse de ningún modo sino dentro de la terrible caverna de horror, á la cual había que ir venciendo y dominando á todo un ejército de sobrenaturales sombras. Padedur cogió su gran espada, y comenzó á blandirla con furor. Todos los demonios del infierno se conjuraron en su contra. Murciélagos, cuyas alas parecían paños fúnebres; lechuzas, cuyas retinas petrificaban de horror; animales fantásticos, cuyas garras se clavaban á una en todos los poros de vuestro cuerpo; endriagos de colosales dimensiones, vestiglos de bocas tan grandes como abismos, duendes chillones y estridentes, genios con espadas de fuego, ejércitos de sombras quisieron cerrarle con furor el paso, de igual suerte que se lo habían cerrado á tantos caballeros heroicos. Pero Padedur comprendió en seguida que todos aquellos fantasmas no podían destruir á quien no podían amedrentar, y que su fuerza mayor consistía, no tanto en el propio empuje, como en el terror de sus perseguidos. Y siguió adelante, aunque los aullidos le tronaban las orejas y los rechinamientos de dientes le hacían estremecerse en su interior, y las espadas de fuego le quemaban las carnes ó le cegaban los ojos, y los ejércitos sobrenaturales caían con horroroso estruendo sobre sus espaldas, y la tierra se abría bajo sus pies mostrándole un infierno inacabable de tormentos y de dolores. Pero había con suma facilidad averiguado cómo el secreto de llegar hasta la cueva se hallaba en la resolución de ir, é iba sin detenerse un paso ni vacilar un minuto, creciendo en voluntad á medida que crecía en terror. Y así llegó á la caverna medio muerto; pero llegó cuando ningún mortal había llegado, y leyó la fórmula sacramental cuando ningún otro mortal la había leído. Con sólo verla y decirla en voz alta estaba conseguido el efecto mágico. Y así es que apenas la dijera,

cuando volaran las brujas en todas direcciones. Y apenas habían volado las brujas en todas direcciones, cuando se suspendieron los encantamientos en todos sentidos. Y apenas habían suspendido los encantamientos en todos sentidos, cuando sonó una música deliciosa por todas partes. Y apenas sonó la música deliciosa por todas partes, cuando los árboles carbonizados dieron paso á garçones apuestos, vestidos de ricas preseas y perfumados con aromosas esencias, así como las piedras frías á doncellas de arrebatadora hermosura y de melodiosa voz. Aquellos coros de fantasmas desencantados y devueltos á su ser humano rodearon á Padedur y le dijeron que por obra y gracia de su valor había conseguido el premio de los premios, el honor de los honores, la ventura de las venturas; es á saber: la custodia del santísimo Graal. Era ésta la copa que llevaron los ángeles encargados de verter la vida en lo vacío el primer día de la creación, al sonar la palabra divina y creadora sobre los espacios desiertos. Guardada en los cielos, después de la creación de las cosas, iban allí á beber la vida las ideas, que en cuanto libaban tal increíble licor parecían eternas ó increadas. Esta copa, retenida y guardada en el cielo, bajó al mundo en la noche del Sacramento Eucarístico. En ella, más reluciente que todos los astros del cielo infinito, bebieron los apóstoles reunidos con Cristo en la cena el vino nuevo del Evangelio y sus verdades. En ella recogió Josef de Arimatea sobre el Calvario y al pie de la Cruz toda la sangre que caía del divino costado, y por lo cual copa de tanto precio tenía la virtud religiosa de inmortalizar á cuantos la poseyesen. Josef de Arimatea la llevó á los dominios del rey Arthur, quien la depuso en una montaña misteriosa, por la cual no hay caminos, pues solamente se tocan sus cimas inaccesibles con prodigios, como los prodigios hechos por Padedur, y reconocidos del Universo mundo, y anotados en el cielo inmenso. Padedur llegó y encontró una milicia de guerreros inmortales, todos vestidos de blanco y cruzados de rojo y ceñidos de luz esplendente y armados con lanzas de oro. Al verlos, tras tantos siglos transcurridos de la muerte de Cristo, jóvenes como en los días mejores de su vida, Padedur ¡oh! reconoció en ellos á los mismos ángeles que habían llevado por los espacios la vida escanciada en los manantiales eternos y la habían vertido en los abismos insondables. Padedur tomó, pues, por virtud maravillosa de sus hazañas y en premio á ellas, el regio cargo de custodio del santo Graal, depositado en los dominios del rey Arthur; lo que de un lado le dará dominio perdurable sobre muchas almas, y de otro lado le tendrá en la tierra todo el tiempo que la tierra dure, vivo, pues sin el custodio no podría la copa estar en sitio tan bajo como en nuestro suelo, y sin la copa no podría vivir planeta de suyo tan quebradizo y enfermo como nuestro frágil planeta. He ahí el argumento capital de toda la dramática wagneriana.



UN MENDIGO, cuadro del Sr. Díaz Molina, de Almería

III

Ya que hablamos del drama sublime, hablemos también de la comedia chocarrera. Un acontecimiento literario de mucha gracia hoy hace reir á Europa entera y hará también reir á todos los continentes del mundo si llegan á saberlo. El maestro expertísimo, el canciller Bismarck, y su inexperto discípulo, el emperador Guillermo, andan á la greña. El primero lanza con premeditación la prensa germánica sobre aquel á quien debe llamar de hinojos por obligación soberano señor; y el segundo suelta los cómicos y las teatrales sátiras con crueldad sobre la persona del estadista eminente, á quien llamaba guía y ministro por excelencia en tiempos no lejanos. Ya que, á sus años y á sus desengaños, el canciller ha decidido echarlas de periodista y *reporter* sin escrúpulo, el emperador ha decidido sin reserva ni continencia ninguna echarlas de autor y de actor cómico. ¿Le critica Bismarck en la prensa? Pues toma su correspondiente desquite y critica en el teatro á Bismarck. Así, ha muy pocos días representaba un autor palatino cierta comedia cuyo argumento estaba sacado de los tiempos y de las historias del Gran Elector. Sin embargo, estos tiempos y estas historias parecíanse á la manta puesta sobre un cuerpo cualquiera cuando se le apalea, con el fin de decir que los palos van á la urdimbre de lana y no á los huesos vivos. Los tiempos del Gran Elector son los tiempos ahora corrientes: un primer ministro que se mete por donde no le llaman en la Comedia palatina es el mismo canciller en persona y su ambiciosa política; el rey, sometido un tiempo á ese primer ministro, y luego emancipado hasta despedirlo, primero fuera del gobierno y luego fuera del reino mismo, no es otro que Guillermo II; y todos los diálogos, coloquios y escenas resul-



CARICIAS MATERNALES, cuadro de Krug, grabado por Baude

tan fotografías de los hechos contemporáneos y corrientes sin disfraz ni disimulo. Para que nada faltase á la fiesta, señalóse la primera representación una tarde cercana en que había por deberes del cargo de ir Guillermo á Potsdam; y se puso en los carteles cómo se retrasaba la hora del festejo para que pudiese la Imperial Majestad presenciarlo desde su comienzo y presidirlo. Fué Guillermo y aplaudió mucho. Pero el público no estuvo de igual humor y no quiso reir cuando el emperador se reía, bien al revés de los chinos, quienes, así que su dueño y señor estornuda, ellos estornudan también. Bismarck no ha sabido llevar su desgracia con calma y dignidad. Se parece mucho en el destierro de su quinta hoy á lo que fuera Napoleón en su destierro de Santa Elena. La posición del césar en la isla fué verdaderamente solemne, trágica. Después de haber recorrido victorioso toda Europa; después de haber improvisado un trono entre el choque de dos siglos semejantes á dos grandes olas de ideas henchidas por los huracanes de la revolución; después de haber borrado bajo las herraduras de su caballo los límites de las naciones; después de haber llevado tras su carro, cuyas ruedas se hundían materialmente en montones inmensos de cadáveres, los reyes jadeantes; árbitro de los destinos del mundo muchos años; capaz de destruir las obras de la naturaleza y de los tiempos, iba el desgraciado á encerrarse, custodiado por su implacable enemigo, el pueblo inglés, en árida tropical isla, bajo cielo de fuego, rodeado por la inmensidad de los mares que lo celaban, como si fuera un dios destronado, teniendo por espectador de su desgracia al mundo entero y por confidente de sus últimas ideas, de sus últimos actos, de sus últimos dolores, á la posteridad y á la historia. Un hombre mayor que Napoleón, uno de esos mortales cuyo genio ni se ensorberbece en la próspera ni se abate en la adversa suerte, hubiera comprendido pronto la majestad que tenía toda aquella desgracia, el terror sublime que podía inspirar toda aquella tragedia aceptada con resignación, sufrida con la primer virtud de los grandes caracteres y representada con la primera dote de los grandes artistas, con sencilla naturalidad. Quizá se hubiera condenado á silencio, como estaba á inacción condenado, dejando la palabra á la historia y sometiéndose á su sentencia. Quizá hubiera escrito un testamento político, lleno de ideas y de enseñanzas para todos los pueblos y todos los tiempos, demostrando en su propia experiencia que nada duradero puede ser fundado por la dictadura, y destruyendo con su propia autoridad los falsos espejismos de la conquista, de la guerra y de sus sangrientas glorias. De todos modos, se conciliaba la benevolencia de amigos y enemigos, la absolución de la historia, el respeto profundísimo de sus propias víctimas con una resignación sublime á su destino y con algún remordimiento escapado de las entrañas de su conciencia. Pero Napoleón malogró la desgracia providencial infligida por la justicia de la historia con su mal humor de decrépito, sus niñerías, sus invocaciones al género humano, porque tenía calor; su imprecación á la posteridad, porque le negaban los centinelas el título de emperador y el tratamiento de majestad; sus intrigüelas para mover con el espectáculo de falsos dolores á la opinión británica; sus mentiras con ese desdichado *Memorial de Santa Elena*, en que creyó burlar la conciencia humana y engañar á la Historia. Se quejaba, ¡parece imposible!, se quejaba de crueldad. ¿Quién? El mismo que había dejado morir ó había matado á los enfermos de peste en sus locas expediciones á Oriente. El mismo que se gloriaba de haber dado sesenta batallas, diez más que César. El mismo genio protervo, que después de una de estas batallas, cuando no se habían apagado aún sus ecos, ni habían muerto los heridos, segados por la guerra, se paseaba sereno sobre la desolación, como si fuera su conciencia comparable en lo cruel y despiadada á las aves de rapiña, que se cebaban en los cadáveres. El mismo que deportaba los jacobinos sin formación de causa y que aconsejaba á su hermano José diera por toda respuesta al heroísmo inquebrantable de España el despojo, las confiscaciones, el incendio de las ciudades y la inmolación de sus infelices habitantes. El mismo que dejaba morir de frío en las estepas de Rusia, sobre el helado Berecina, su innumerable y fidelísimo ejército, buscando en vertiginosa carrera el trono y la corona, que parecían eclipsados tras la sombra de su reciente adversidad, sin acordarse de las víctimas de la ambición, hundidas en los abismos de sus vértigos. La verdad es que aquel hombre, en su isla, hubiera rescatado la propia culpa, rejuvenecido el propio nombre, si á solas con su conciencia siente la erupción de los incendios, el lamento de las matanzas, los quejidos de los millones de almas arrancadas á la tierra, que debían volar en torno de sus sienes como una corona de remordimientos; los ayes de los pueblos sacrificados, de las naciones heridas y enterradas; la esterilidad horrible de la guerra, la impotencia absoluta de la conquista; y de esta suerte, hubiera dejado, con el arrepentimiento, el seguro antídoto á los errores, que como deletéreos miasmas se levantaban de los campos desolados de sus batallas. Ved cuanto hace ahora Bismarck en su destierro, y veréis que también á él, como á Napoleón, lo ha empequeñecido la desgracia; pero Guillermo no tiene derecho á poner esta desgracia en solfa sobre un teatro de Berlín.

IV

Dejemos esa tragedia y vamos al idilio. Los estercoleros donde Job se plañe, y el Cáucaso en que forcejea Prometeo, y el Yuste de Carlos I enterrado vivo; y la isla de Santa Elena, potro para Bonaparte; y la prisión de Estado, tormento para Bismarck, se juntan en la vida y en la historia de continuo á floridas, esperanzadas, tiernas bodas, muy semejantes al nido que aguarda sus polluelos y al botón que promete sus rosas y al preludio que prepara su cántico y al crepúsculo que anuncia su día. La nietecilla de Víctor Hugo y el hijo de Daudet se han casado por amor. Benditos una y otro sean, para que perpetuamente se amen y conserven recuerdos sacratísimos en el hogar, ara y altar y templo de los amados abuelos. ¡Parece imposible!; pero el poeta que cruzaba de un vuelo el espacio infinito, y con dos aleteos conseguía ponerse allá en las cumbres de lo ideal, convertíase luego hacia las cunas y las arrullaba con ternezas de madre. Tras una epopeya que tenía por protagonista el Dios creador y por escenario la eternidad insondable, reducíase Víctor Hugo á contemplar la infancia y metía sus alas de águila dentro de las jaulas del canario y del jilguero. Aquel Titán capaz de apurar el éter á tragos, después de haber visto cómo brotaba el primer sol en la primera mañana de nuestro Universo, entrábase por el jardincillo de los rosados y rientes chicuelos, á pedirles agua del arroyuelo en los huequecillos de sus blancas manecitas. No hay epitalamio alguno en las letras antiguas y modernas comparable al trazado en la iglesia el día que se casó allá por el año cuarenta y tres la hija mayor. Nada tan humano y tan verdadero como aquellos votos del padre por la felicidad eterna de su hija en el hogar de su esposo y los celos misteriosísimos y los dolores agudos porque tal hogar es ajeno. Aquel tesoro de otro, después de haber sido suyo; aquel paso de la vieja á la nueva familia; el traslado de la ventura, que la seguía por doquier, al hogar donde la querrán de otro modo; la contraposición del padre reteniéndola, con el novio deseándola; el dolor dejado atrás y la esperanza conducida delante; los amargos lloros del adiós triste mezclados con la sonrisa que suguiere el techo nupcial, constituyen una serie tan hermosa de contrastes, colocados por el genio con un arte tan supremo y de una belleza tan alta, que pocos poetas y pocas literaturas en el mundo guardan tan perfectos y acabados ejemplares de viva inspiración. Así, todos volvían sus miradas en el mundo literario estos días hacia la niña Jeannette, como la llamábamos en tiempos más felices, cuando la poníamos sobre nuestras rodillas para fingir la carrera vertiginosa de un caballo y le robábamos un beso, mientras ella se tiraba con regocijo y riendo atrás como para desplomarse á nuestros pies y divertirse con las pesadumbres que podrían traer sus saltos á nuestros cuidados. En la célebre alcaldía de Passy; por todos los primeros poetas circuída; entre acordes muy suaves de música inspirada por la poesía tradicional de su familia y flores olientes parecidas á imágenes poéticas; tras una oración casi religiosa de Julio Simón y un himno epitalámico lleno de pureza, la nieta del mayor poeta que ha tenido Francia en este siglo ha entrado bajo el techo de Daudet. Volvamos á bendecirla, y á desearle una felicidad tan grande como el recuerdo que representa y vincula.

ESTUDIOS

DE ALGUNOS CÉLEBRES PINTORES (1)

«Enseñadme el conjunto de los objetos que rodean á un artista y os diré lo que crea.» He aquí un dicho tan proporcionalmente exacto como este otro: «Mostradme los amigos de un hombre y os diré cuál es su carácter.» En ambos casos se han de tener en cuenta las excepciones; mas, por regla general, lo que contiene el estudio de un artista podría ser el indicador de su talento. Algún capricho ó tendencia peculiar de espíritu le inducirán tal vez á rodearse de objetos enteramente extraños al ramo del arte que crea, como en el caso de un conocido pintor de marinas que tiene la manía de coleccionar armaduras; pero esto es una excepción.

El adorno de un estudio es casi un deber del pintor para con el público, y los de todo el mundo deben servir de criterio acerca del gusto personal é individual, antítesis del decorado de los edificios y monumentos, que corre á cargo de las corporaciones. El gusto individual de un ministro de Bellas Artes se refleja en las construcciones que se hacen bajo su dirección en el mismo grado que la individualidad de un pintor se refleja en su estudio.

Pocas aficiones hay más agradables que la de coleccionar, por ejemplo, libros, pinturas, impresos, artículos ú otros trabajos. Las horas del día parecen más cortas y tienen mayor interés; la afición se alimenta por lo que se adquiere, y por la adquisición viene el conocimiento. Las primeras compras de un pintor suelen ser de los objetos que por lo pronto necesita; después busca lo que puede hacerle falta en un día lejano; y así, adquiere objetos preciosos simplemente porque le agradan.

En este artículo y en los que seguirán nos proponemos visitar primeramente los estudios de algunos pintores notables de la escuela alemana de Munich, y compararlos después con varios de los ingleses, comenzando por el de

FRANCISCO DE LENBACH

Este artista se parece por muchos conceptos á su colega inglés Sir John Millais. Lenbach es el retratista de Alemania por excelencia, y sus pinturas, representando á hombres eminentes contemporáneos, son tan bien conocidas, que nos bastará referirnos á ellas ligeramente. Dos de sus últimas creaciones fueron Mr. Gladstone y el Papa León XIII. Lenbach retrató al príncipe de Bismarck muchas veces, y una de las últimas en la forma que nuestro grabado representa en el estudio del artista, sala espaciosa en que parece haberse buscado la comodidad más bien que la ostentación. El estudio de Lenbach está lleno de objetos curiosos; pesadas cortinas ocultan en parte las puertas, formando graciosas ondulaciones, y allí se ven numerosos bosquejos; pero la habitación es esencialmente un taller. Las paredes se hallan revestidas de ricos tapices de los Gobelinos, que constituyen un magnífico fondo, aunque de carácter severo. A la izquierda del retrato del canciller alemán hay un sustentáculo muy adecuado para exponer allí los tesoros del artista; en la parte más alta se ve el busto de Voltaire, hecho por Houdón, y debajo, á la derecha, osténtase un cuadro holandés, que sin duda sugirió á Lenbach su estilo peculiar. El estudio, en el cual podría decirse que Clio preside, revélase en todos sus detalles el reposo clásico, y la sala representa con grande fidelidad el carácter del gran pintor lalemán.

GEZA PESKE

Para comprender bien el verdadero carácter húngaro es necesario haber vivido algún tiempo en Hungría, no en las grandes ciudades, donde los habitantes representan más ó menos los tipos ordinarios y donde la verdadera vida húngara aparece solamente, como si dijéramos, bajo un color pálido, sino entre los campesinos y pastores y el primitivo pueblo magyar, esos hijos de las estepas y de las pusstas. El pueblo de que hablamos difiere en un todo de los gitanos errantes, cuyo hogar se halla, según se supone, en ese vasto país de Hungría. Los verdaderos magyares habitan cada cual en su reducida tierra, cuidando de sus ganados, y ocupándose en el cultivo de su pequeño campo, cuando no se someten casi á la esclavitud, sirviendo á un rico propietario, que le recompensa pobremente sus servicios. El magyar reparte sus horas entre el trabajo y la cervecería, y cuando enjuga el sudor de su frente por la noche, su único recreo está en el vaso. Este género de vida se representa en centenares de pinturas y refiérese en miles de historias.

Las mujeres y los niños arreglan las cabañas y cuidan de los ganados, los cuales quedan abandonados á sí mismos. Los muchachos viven sin disciplina, y si los padres les pegan, poco les importa; hasta las niñas lo toman como cosa corriente. Su única educación es el ejemplo; ven á sus mayores trabajar y bailar, y el trabajo y el baile serán después las ocupaciones de su vida; pero los escasos goces y deseos con que el niño magyar sueña son también patrimonio del hijo de Pussta. Entregado á la observación, siempre está haciendo suposiciones y nunca es tan

(1) No pudiendo publicar en un solo número los grabados que representan los estudios de todos los pintores á que se hace referencia en el presente artículo, los iremos publicando en los números sucesivos.



LABRANDO EL CAMPO, dibujo de D. Laureano Barrau

feliz como cuando se figura desempeñar el papel de héroe en algún castillo que él imagina.

¡Y qué diremos de su amor á la música! El niño mejor enseñado no se entusiasmaría más que el hijo de Pussta al oir los sonidos de una flauta; los comprende bien, y su afición se revela más tarde en los himnos nacionales y en las danzas. Las notas del violín subyugan su alma, haciéndole bailar maquinalmente; y esto es tan verdad para las niñas como para los muchachos. Los más íntimos sentimientos de los hijos de Pussta desarróllanse más pronto que en los hijos de cualquier otro país. La soledad de la región en que habitan, aquellas vastas estepas donde rara vez se ve un árbol, el silencio que allí reina; todo contribuye á desarrollar la inteligencia de esos niños muy pronto y despierta en ellos la melancolía, que busca alivio en una desmedida afición al baile. Esta misma existencia es la causa principal de sus violentas pasiones, y contribuye á que ese pueblo sea un enigma fisiológico. Es preciso ser húngaro ó haber vivido en el país para comprender á ese pueblo; y he aquí por qué Peske puede expresar tan bien los sentimientos del solitario niño húngaro. ¡Qué dulcemente y con qué conocimiento del asunto nos le representa! A primera vista diríase que sus pinturas tienden á recordarnos nuestra infancia; pero si se mira más detenidamente, vemos en todo la diferencia, aun teniendo en cuenta los extraños paisajes, los alrededores particularmente húngaros y el traje de los niños. Las pinturas de Peske están impregnadas del verdadero espíritu de aquel país, tanto en el pensamiento como en la ejecución, y siempre se observa en ellas algún toque característico particular. En sus lienzos se nota una inalterable sencillez, y adivínase así el quietismo como la soledad de las estepas. La pobreza del estudio de Peske es más elocuente que ningún decorado para revelar su amor á la patria madre y á sus compatriotas.

Y ahora abandonemos las estepas, y revistiendo el mágico manto del doctor Fausto, traslademónos á Munich. Una vez aquí, vamos sin detenernos á Findlingstrasse, subamos al segundo piso de la casa número 44, y estaremos en el estudio de la señora

HERMIONE DE PREUSCHEN

Nuestra vista se alegra, porque al fin estamos en un verdadero estudio. En casa de esta pintora y poetisa encontramos la disposición artística que tanto anhelábamos. La señora Hermione de Preuschen ha hecho todo lo posible para que su sala sea todo lo más cómoda y magnífica, aunque para algunos gustos tal vez pareciera demasiado atestada. Revélase aquí la mano de una mujer, pero no de aquellas cuyas ideas no alcanzan más allá del pequeño mundo en que viven y de la vida cotidiana, y que ven solamente en el costoso y rico decorado de una habitación la medida de la riqueza de su propietario. En el estudio de esa artista, todos los objetos tienen gran valor y son notables; mas á pesar de esto, no hay ostentación. Las flores y frutos representados en las pinturas de las paredes atraen desde luego apenas se traspasa el umbral de la puerta; pero semejantes adornos son naturales, pues la dueña es pintora de flores y frutos y nos representa la vida tranquila. Creer que en ese estudio nuestros pensamientos no puedan volar sino de flor en flor como la mariposa, sería rebajar el genio de la señora Hermione de Preuschen. Para no incurrir en semejante error, bástenos recordar una de sus obras, la titulada *Mors Imperator*, que hizo mucho ruido en el mundo artístico hace algunos años.

Toda la sociedad culta se interesó en aquella pintura, que después de ser rechazada por el Jurado de la Exposición de Berlín tuvo muchos admiradores en las que se efectuaron después en las principales ciudades de Alemania y Austria. *Mors Imperator* era la expresión de un gran pensamiento y de una hábil ejecutante, y apenas hubiera podido esperarse tanto en la obra de una artista consagrada hasta entonces á representarnos la vida tranquila. Y sin embargo, ¿qué otra cosa sino esto era *Mors Imperator*? ¿No está la muerte también en las flores y en los frutos que llenan los preciosos búcaros, los dorados canastillos y la bandejas de plata? Hermione de Preuschen ha retratado la naturaleza transitoria de las cosas en una poderosa alegoría, y así lo ha reconocido el público en general.

. . . .

Estamos en el Marien Platz, en Munich. Frente á una tienda acaba de reunirse considerable multitud; algunos preguntan si ha ocurrido algún accidente, y los transeuntes se detienen para averiguar qué pasa. Cuando se les dice lo que ocurre, no pueden reprimir la risa, quédanse donde están y forman parte del grupo. La gente interrumpe el tránsito, y pronto deberá dejar la vía libre; pero de improviso aparece en el umbral de la puerta un extraño personaje; es un hombre que lleva la cabeza descubierta; su cabello, ondulado y amarillento, pende en guedejas sobre los hombros; las facciones, pálidas y de expresión severa, tienen por marco una espesa barba, y la frente, alta y espaciosa, revela el talento. Este personaje fija en la multitud una mirada de compasión; su semblante no expresa la cólera ni el enojo; pero hay algo en su boca que parece decir: «Perdonadlos, Señor, que no saben lo que se hacen.» En la expresión de aquel hombre obsérvase como un espiritualismo que casi fascina. ¿De qué se ríe la multitud? ¿Del traje? A decir verdad, es muy excéntrico y nada de moda, pues se compone de una larga túnica que le llega casi hasta los tobillos, cuyas anchas mangas dejan ver un musculoso brazo desnudo, y de una ropilla interior de lana de color amarillo; una faja del mismo material que rodea la cintura y una larga capa echada hacia atrás completan el traje. Llevando de la mano á un hermoso niño de seis años y en la diestra un reloj de arena, adelántase sin hacer aprecio de las burlas de la curiosa multitud, encamina sus pasos hacia la estación del camino de hierro y sube á un coche del tren de Grosshesselohe. Una vez llegado á este punto, pasa por las calles que conducen á Wolfratshausen, y al cabo de media hora detiénese ante una casita aislada que se halla á espaldas del camino, medio oculta entre árboles y matorrales. Sigámosle y estaremos en la morada de

CARLOS GUILLERMO DIEFENBACH

El ermitaño del «Taller del Arte, de la Religión y de la Sabiduría,» como él mismo llama á su casa. ¡Hombre maravilloso, gran artista!, aunque el pueblo le designa con el calificativo de «Apóstol de la Berza.» A pesar de todo, persiste en predicar la humanidad y la templanza. Diefenbach considera que la causa de los vicios de la naturaleza humana se ha de buscar en el exceso en la comida y en las bebidas fuertes, y ve en la moderna costumbre de cuidar con demasía el cuerpo la decadencia del bienestar espiritual. ¡Le llaman excéntrico! Cada cual podrá tener la opinión que guste sobre su aspecto y sus teorías respecto á la forma en el dominio de la Educación, del Traje y de la Religión; pero se ha de admirar la fuerza de voluntad de ese artista y su valor. Diefenbach sufre bastante, porque es un verdadero mártir de sus opiniones. No se retiró á su hermita por timidez, sino para entregarse á la meditación sobre los medios más eficaces para regenerar la humanidad, y algunas veces cambia el pincel por la pluma. En otro tiempo predicó públicamente en Munich; pero un año de enfermedad le ha retenido en su lecho. En nuestro grabado se le representa en su estudio, dirigiendo el pincel de un discípulo que viste el mismo traje de su maestro.

Y con esto basta. Si se quisiera visitar al artista Diefenbach en su estudio, sería necesario, en mi concepto, conocer primeramente al hombre. En la pintura que representa su estudio se ve un lecho primitivo cubierto con una manta de lana: es el lecho del dolor donde la fuerza de espíritu de este artista cedió al dolor físico, y desde allí dirige aún la obra de sus alumnos. Por lo demás, la habitación está pobremente amueblada, y en vano se buscaría algún rincón que ofrezca comodidad y holgura; pero las pinturas que llenan la estancia en considerable número atraen la atención. Las obras de Diefenbach revelan inteligencia, sentimiento profundo y amor á la naturaleza y á la humanidad.

Pasemos ahora al estudio del pintor de batallas

LUIS BRAUN

¡No os atemoricéis! Nada temáis del cañón amenazador ni de los escuadrones de caballería; no prestéis atento oído á los miles de voces de los valerosos soldados, al toque de las cornetas, á las órdenes de los oficiales, al crujido de las armas ni al estampido de las bocas de fuego; suponed solamente que oís los lamentos de los heridos y veis los sangrientos cadáveres de hombres y cuadrúpedos. Lo que vuestra imaginación os pinta no es sino lo que ha creado la mano maestra de Braun: es la guerra. Ahora sabéis ya qué espíritu predomina en este estudio; aquí están los instrumentos de muerte confusamente diseminados como en el campo de batalla; no hay orden sino en las compactas columnas de los soldados alemanes que van al asalto; en todo lo demás obsérvase la horrible confusión de la lucha; aquí revive de nuevo la guerra franco-alemana. Los sangrientos combates de la Alsacia-Lorena reprodúcense en las escenas que el profesor Braun transmite al lienzo. ¿Quién no se impresionará ante el grandioso panorama de la batalla de Weissenburgo? En ese estudio la guerra tiene su más notable exposición. La sangre y los cadáveres se ven diseminados en el camino que conduce á Niederwalddenkmal. ¡Cómo se batieron, triunfaron y conquistaron los hijos del héroe alemán bajo su ilustre bandera! ¡Cómo supieron dominar en la lucha contra su antiguo enemigo! En el estudio de Braun se respira el espíritu de aquella época, y para glorificarle, el artista no necesita más que sus bosquejos y su clara memoria. Su imaginación lo abarca todo, su mirada atraviesa los muros y observa una vez más el horrendo espectáculo de los campos de batalla: sigue al príncipe heredero Federico Guillermo en su victoriosa campaña; el entusiasmo del ejército se apodera de él, las hazañas de los guerreros alemanes le deleitan y delira de entusiasmo.

¿No apreciáis la sencillez de ese estudio? ¿Quisierais mejor verle lleno de fruslerías, con asientos cómodos y ornamentos simétricamente arreglados? Comprended también que el modelo de una fortaleza, á la izquierda, no es un adorno, sino un estudio.

Y ahora pasemos á la grandiosa sencillez del estudio de

EDMUNDO HARBURGER

Figurémonos un rostro de expresión vulgar, aunque alegre, con unos ojillos muy próximos entre sí, mejillas sonrosadas y mofletudas, nariz en forma de pera, boca entreabierta por una franca sonrisa; y después de esto un gorro de terciopelo, una levita raída, con rasgones acá y allá, y tendréis el retrato del humorista Harburger. Estamos en el reino de lo cómico. La cesta rota, el caldero de cobre, el armario; todo excita á risa, porque estos objetos pertenecen al artista Harburger. El estudio contiene también el modelo de una verdadera habitación de campesino; por regla general, ninguna de estas habitaciones es cómica; pero la que vemos aquí ha sido poblada de la alegre gente que el pincel de Harburger creó. Diríase que alguno de esos campesinos ha de entrar de un momento á otro, pues su sombrero está sobre la mesa, juntamente con la pipa y el vaso de cerveza no vaciado aún. «La vida es real y el arte brillante,» y este último, mucho más para Harburger que para la mayoría de las personas. El tiempo vuela agradablemente con las chistosas historias que el dueño de la habitación campesina puede referir. Harburger es muy original; ni una sola de sus líneas recuerda á otro pintor. Munich aventaja á otros centros artísticos por el hecho de que los más notables y originales humoristas habitan allí. Walter Busch ha muerto, pero aún le quedan Meggendorfer, Oberlander y Harburger.

(Continuará)

SECCIÓN AMERICANA

SANTIAGO DE CHILE

Á MI QUERIDO AMIGO EDUARDO BRUGADA

Puro, Chile, es tu cielo azulado,
Puras brisas te cruzan también
Y tu campo de flores sembrado
Es la copia feliz del Edén.
Majestuosa es la blanca montaña
Que te dió por baluarte el Señor,
Y ese mar que tranquilo te baña
Te promete tranquilo esplendor.

(Estrofa de la canción nacional)

Yo no digo que los versos copiados sean modelo de correcta poesía; allá un señor D. Bernardo Vera y Pintado que los escribió se las componga con las Musas; pero lo que sí aseguro es que son muy verdad, y que cantados con entusiasmo, siguiendo las dulces cadencias del himno chileno, se olvida uno fácilmente de sus defectos de estructura. Luego, que bien mirado no se necesita más para enardecer la sangre de un pueblo fanático por sus libertades, fanatismo que si alguien ha echado á los chilenos en rostro no soy yo seguramente, que he dicho y repito ser Chile la tierra que más puede vanagloriarse por la calidad y cantidad de hombres que la emanciparon.

Como dice, pues, la estrofa, tiene Chile cielo purísimo, brisas saludables, campo de flores, mar tranquila y montaña majestuosa, cuya alba diadema pone digno remate á bellezas tan esplendentes.

Mas como no puedo extenderme por hoy más allá de las riberas del Mapocho, hablemos un poco, siquiera no sea tanto como Santiago merece, de la hermosa capital recostada muellemente á los pies del famosísimo cerro de Santa Lucía.

Por los años 1541 llegó Pedro de Valdivia á las orillas del *Mapuche*, que quiere decir *País de la gente*, de *mapu* comarca, y *puche* gente, convertido hoy en Mapocho por evoluciones prosódicas, más comunes en Chile que en parte alguna, á causa del pinto-



SANTIAGO DE CHILE. – CERRO DE SANTA LUCÍA

fresco lenguaje de la plebe, que suele hacer saladísimos *lapsus linguæ*.

Llevaba el gran capitán, como la mayoría de los conquistadores llevaban, el rosario en la mano y el diablo en el cuerpo, que decir solemos los españoles. Era el rosario en esta ocasión una imagen de la Virgencita del Socorro, que pendía del arzón de su montura, y el diablo tentador una doña Inés de Suárez, hermosa jinete que á la grupa del español cabalgaba, como si el señor D. Pedro no dejase por el mundo á su legítima esposa gimoteando infidelidades conyugales.

Fueron, pues, doña Inés de Suárez y la Virgen del Socorro las primeras imágenes, divina y humana, que sus reales sentaron en aquel paraje, y como á la Virgen se la consagró incontinenti una ermita y doña Inés entró al poco tiempo en legítima vereda casando con hombre no muy aprensivo, acaso porque á las alturas en que estaban no se podían permitir los españoles lujos de reparos ni selecciones, tanto la Socorrito como la de Suárez fueron los troncos religiosos y sociales de lo que andando el tiempo llegó á ser frondoso bosque de religión y cortesanías.

Nada más dió que hablar doña Inés, á Dios gracias; no así la Virgen, á la cual trajeron y llevaron curas y frailes franciscanos, hasta el punto de sacudirse los mayores garrotazos y las más sendas puñadas que cristianos presenciaron entre hábitos y sotanas.

Quedó el campo por los sayales, gracias á la robustez de muñecas de tan bélicos varones, y edificaron los buenos frailes un convento en donde la ermita estaba enclavada, convento que al decir del sabio jesuita santiaguino Ovalle, parece una ciudad por lo grande y cómodo.

No fué esta la escandalera única que monjas, frailes, curas y obispos del coloniaje dieron en la ciudad del apóstol patrón de España; tienen algunos un sabor de época y regodean por modo tal las aficiones á lo añejo, que solamente dejo de mencionarlas por no venir á cuento en un sencillísimo trabajo como este.

Alguien quiso trasladar la ciudad á San Francisco del Monte, por ser clima más suave y delicioso; pero agarráronse los cogolludos con uñas y dientes, pues no era cosa de perder terrenos conquistados á puñetazo limpio y agrandados después por donación de un D. Juan Fernández de Alderete, santurrón y soldado, todo en una pieza.

Este mismo prójimo mandó edificar en el grandioso cerro *Huelen* una ermita á Santa Lucía, nombre con que quedó bautizado el santiaguino promontorio, haciéndole perder hasta la denominación indígena y gentílica, pues sonábase que había sido lugar de sacrificios paganos.

El dios de la sonoridad y del buen gusto no le haya tomado en cuenta la herejía bautismal al señor de Alderete, pues en mi ánima juro que nombre por nombre prefiero el de *Huelen* al de la santa abogada de la vista, dicho sea con el respeto que me merecen sus virtudes y el dogma que ha canonizado á la mártir de Siracusa.

Carlos V dió á Santiago el título de muy noble y muy leal, concediéndole como armas las veneras del Apóstol en una orla que circunda á un fiero león con espada desnuda.

Años andando había de ser Santiago cuna gloriosa de guerreros y estadistas ilustres, que habían de cambiar estas armas por el Cóndor y el Huenuil, símbolo augusto de la patria nueva.

Carlos V debió revolverse airado en su tumba y sacudir furioso la mano con que firmó en Valladolid la real cédula el 10 de mayo de 1554.

Pasó la capital de Chile por mil fases mientras perteneció á la corona de Castilla, dependiendo del virreinato del Perú; por un lado los horrorosos traumatismos terrestres que la derrumbaron algunas veces, y por otro los dimes y diretes de manos y garrotes que se traían clérigos y reverendos, disputándose las riberas del entonces anémico *Mapuche*.

Era teatro de sus hazañas la *Cañada*, lecho robado al río para cimiento de conventos, iglesias y lugares de penitencia; hoy es aquel paraje, con el nombre de Alameda, uno de los más hermosos del mundo, adornado con multitud de estatuas que recordarán á los hombres de mañana hechos y nombres que debieran grabarse con áureos caracteres en el código de la humanidad redimida por la ley.

Yo no sé hasta qué grado quiero á los hombres eminentes que hoy cuenta Chile, pero tengo la seguridad de adorar á los chilenos que representan las marmóreas figuras de la Alameda.

Hemos revoloteado apenas sobre el Santiago que fué; posémonos unos minutos sobre la capital de la República chilena, con su fastuosidad moderna y su hermosísimo *Huelen* convertido en vergel encantador por la imaginación chispeante del más genial de los escritores americanos: del célebre Benjamín Vicuña Mackenna.

El grabado que los lectores pueden ver en este número les dará idea aproximada de lo que es el Santa Lucía de hoy y de lo que pudo ser la fantasía del galano innovador.

El *Huelen*, de ancha base y bella forma, ha sido transformado en paseo ancho y cómodo que lo circunvala ascendiendo suavemente, sombreado por árboles llenos de savia y lozanía, plantas olorosas y flores de colores vivísimos. La verja que de festoneada muralla sirve al paseo en toda su extensión, es el balcón inmenso adonde el visitante se asoma atraído por la grandiosidad de la cordillera cercana, cuyo blanco lomo semeja un manto, digno solamente del que con su *fiat lux* creó grandeza tanta.

Desde el antepecho circunvalador contémplase la moderna Santiago, con sus casas que parecen palacios, en donde el pórfido y el mármol se disputan el derecho de la fastuosidad, nidos suntuosos de mujeres, vascongadas por sus abundantes cabelleras y sus rosadas carnes, sajonas por su continente grave, catalanas por su misticismo y parisienses por su elegancia irreprochable.

La mirada, alejándose de aquellas moradas que tienen algo de Florencia y mucho de los Médicis, recorre la antigua Cañada, la moderna Alameda, y se pierde serpenteando con el Mapocho por vegas feraces y bien cultivadas; pues que, la verdad ante todo, es el bracero chileno el mejor y más entendido agricultor del Mundo Nuevo.

Tiene Santiago, como grandiosa metrópoli de un Estado floreciente, arzobispado, universidad, instituto, museo, lujo desmedido en templos católicos, y biblioteca, que debe ser asombrosa, pues sobre ser buena la que había y estar enriquecida con las magníficas de Egaña y del inmortal Bello, ha sido agrandada y engrandecida con la famosa biblioteca peruana que el inexorable derecho de conquista trasladó de la tierra de Atahualpa á la de Lantaro.

Las calles de la sultana de los Andes son anchas, limpias y bien empedradas, su comercio es riquísimo, y por las principales arterias pululan infinitos carruajes particulares, tantos, que puedo asegurar no hay en el mundo capital (haciendo comparativo estudio del número de habitantes) que cuente igual cantidad de vehículos de lujo.

Lástima que ciudad tan rica sea con frecuencia castigada por los temblores de tierra.

Ingratitud y descortesía grandísima fuese hablar de las bellezas de Santiago y de su incomparable cerro sin decir algo de Vicuña Mackenna.

Siendo Vicuña intendente de la capital de Chile llevó á cabo los ímprobos trabajos de embellecimiento: del *Huelen* hizo un paraíso con jardines, hoteles, iglesia, museo de curiosidades arqueológicas, tales como puertas de afiligranada labor, canterías labradas, una carroza que puede dar idea de la fastuosidad desplegada por los magnates del coloniaje, pero que hará reir seguramente á las santiaguinas que se pasean en *doble suspensión*, objetos, trajes, armas, todo, en fin, cuanto D. Benjamín creyó digno de conservarse. En la cúspide del Santa Lucía se levanta airoso un bien montado observatorio, cuyo meridiano anuncia por medio de un cañonazo la hora á que los santiaguinos deben ajustar sus relojes.

Vicuña fué á Santiago lo que Haussmann á París, lo que Ríus y Taulet á Barcelona, lo que á la Habana Tacón, lo que Guzmán Blanco á Caracas, y fué al propio tiempo el Mesonero Romanos del Mapocho.

Cuando su espíritu innovador se arriesgó á romper con incomprensibles escrúpulos tradicionales, luchó como luchan las almas grandes, y júzguese de la oposición, sabiendo que los carmelitas de Santiago, cuyo convento recibe las puras emanaciones del *Huelen*, han asegurado algunos años después que no habían vuelto á levantar los ojos hacia el Santa Lucía desde que había sido transformado en verjel mundano.

Era Vicuña un escritor cáustico y retozón, *sui ge-*



LA MUERTE DEL PRIMER ORANGE, cuadro de W. Lindenschmidt





Crom. tip. Thomas-Barcelona

Imp. de Montaner y Simón

UNA CALLE DE GRANADA.—CUADRO DE MARQUÉS



LA MUERTE DE CLEOPATRA, cuadro de Juan Collier, expuesto en la *Royal Academy* de Londres

neris en la literatura americana, dada de suyo á la poesía y al gongorismo; no tan correcto como otros escritores chilenos, que hay muchos y buenos, á Dios gracias; pero como periodista, historiador y viajero, el más leído seguramente.

Anduvo á la greña en sus mocedades con beatos y *pechoñas;* pero el año 1876, que fué candidato á la presidencia de la República, apoyaba el clero su candidatura. Cómo se hizo el amasijo, no lo sé; pero testigo presencial de aquellas elecciones, recuerdo de ellas accidentes graciosísimos: fué derrotado, pues, Aníbal Pinto.

Era popular Vicuña como ninguno, y la primera figura literaria del Chile contemporáneo, por su temperamento inquieto y su volcánica imaginación. Fustigó como nadie los vicios de su patria, en lo cual, á pesar de su segundo apellido, no podía negar que tenía sangre española.

Los Vicuñas y los Mackennas son en Chile dos dinastías gloriosas; la primera de poetas y mujeres hermosas, la segunda de guerreros insignes.

Murió el eminente chileno hace tiempo, joven á pesar del cabello blanco como las eternas nieves de los Andes, que coronaba una frente espaciosa y resultaba complemento bellísimo de su testa bien modelada y de sus facciones tan correctas como expresivas.

Un escritor español le llamó el Víctor Hugo de la América latina, y una escritora española también (y ambos le trataron) el Alejandro Dumas del Nuevo Mundo.

Yo creo que algo tenía de los dos, pero le concedo personalidad propia.

Para terminar esto, que apenas si me atrevo á calificar de *algo* por lo sucinto y revuelto, haré constar que en Santiago de Chile afiló sus armas editoriales el inquieto y célebre editor Rivadeneira, el que con su *componedor* recorrió medio mundo y con sus *cajas* fué á parar al pueblo de Argamasilla para componer el *Quijote* donde se había escrito.

Rivadeneira era muy querido en Santiago; bullanguero, gracioso, entretenido y franco, solía convidar á sus amigos á comer un guiso que con sus manos aderezaba. Cuando se trataba del *guiso especial,* invitaba á comer un *individuo* sin decir á qué casta pertenecía: los comensales se chupaban las yemas de los dedos.

Algún tiempo después de abandonar Santiago el que más tarde llegó á ser editor famoso, supieron sus amigos que los tales *individuos* eran producto de batidas por los tejados.

Así lo cuenta Vicuña Mackenna.

EVA CANEL

NOTICIAS VARIAS

LOS FERROCARRILES DEL GLOBO. – He aquí algunos datos interesantes acerca de esta materia que consigna una revista técnica alemana.

A fines del año 1888 la longitud total de los ferrocarriles de todo el mundo era de 571.771 kilómetros, es decir, catorce veces la de la circunferencia ecuatorial. En el período de 1884 á 1888 la longitud de la red de ferrocarriles ha aumentado por término medio en 25.729 kilómetros. América ha contribuído en más de la mitad á este aumento, siguiendo después Francia, Alemania, Austria-Hungría, Rusia, Italia, etcétera. Inglaterra sólo contribuyó en un 5 por ciento, y en cuanto á Noruega hace muchos años que no se ha construído allí una vía férrea, debido esto sin duda á la configuración superficial de aquel país.

En Asia, las Indias inglesas marchan al frente de los progresos ferroviarios, ocupando el segundo lugar el transcaspiano, construído desde 1885 á 1888: el Japón demuestra gran actividad en esta clase de construcciones; en cambio China y los demás territorios asiáticos avanzan muy poco en este sentido.

En Africa, Argel y Túnez figuran en el primer puesto en el desarrollo de la red de ferrocarriles; Egipto permanece estacionario.

Australia es, proporcionalmente, la que acusa mayor progreso en punto á vías férreas.

Desde el punto de vista de la proporción entre la longitud de las líneas y la superficie territorial, resulta en Europa el orden siguiente: Bélgica (16'4 kilómetros por cada 100 millas cuadradas), Sajonia, Inglaterra, Alsacia-Lorena, etc. El imperio alemán, en conjunto, sólo tiene 7'6 kilómetros por 100 millas cuadradas y Francia 7'2.

Relacionando la longitud con el número de habitantes, el primer lugar corresponde á Suecia, en pos de la cual van Suiza, Dinamarca, Alsacia-Lorena, Francia, etc.

El coste de cada kilómetro de vía férrea se calcula ser por término medio en Europa de 370.260 pesetas, y fuera de Europa de 202.706, ó sea poco más de la mitad.

El coste total de los ferrocarriles existentes en Europa á fines de 1888 ascendía á la importante cifra de 79.328.750.000 pesetas; el de los existentes en las demás partes del globo se elevaba á 72.471.250.000.

De suerte que los capitales empleados en los ferrocarriles en explotación en todo el mundo á fines de 1888 representaban la enorme cantidad de 151.800.000.000 de pesetas.

TABACO DE PAPEL. – La inventiva de los falsificadores nos proporciona cada día nuevas sorpresas. A las falsificaciones de ostras y huevos desde hace tiempo conocidas, ha venido á añadirse la del tabaco obtenido por medio del papel, que alcanza ya gran desarrollo en los Estados Unidos.

En el estado de Nueva York funciona una fábrica que produce grandes cantidades de papel destinado, según confesión de los propios fabricantes, á ser transformado en tabaco. Según parece, los industriales que realizan esa transformación sumergen repetidas veces el papel en una fuerte decocción de tabaco y luego lo cortan y lo prensan en moldes que imprimen en cada hoja de aquél unos nervios muy parecidos á los de las hojas de la referida planta.

La imitación es tan perfecta, que al fumar algunos inteligentes un cigarro de *tabaco de papel,* se han engañado hasta el punto de creer y sostener que lo que fumaban era tabaco excelente de las más acreditadas marcas.

NUESTROS GRABADOS

La recompensa del trabajo, escultura de don Antonio Parera. – Si uno de los fines del arte, indudablemente el más noble, consiste, como creemos, en hacer amable lo bueno por medio de formas bellas, la escultura de nuestro paisano puede calificarse de eminentemente artística. En sus dos figuras se compendian tres amores á cual más levantados: el amor paternal, el amor filial y el amor al trabajo, realzados por la pureza é inocencia de una niña, por la honradez que se refleja en el semblante del padre, y por el sentimiento puro del premio concedido al cumplimiento de un deber social que envuelve aquel grupo encantador enlazando dos cuerpos y juntando dos rostros por entre cuyos labios se desbordan en apasionado beso los más dulces afectos del alma.

Tal es la impresión que nos causa *La recompensa del trabajo,* y ella nos demuestra palpablemente que Parera siente el arte como deben sentirlo los grandes maestros cuyo genio imprime calor y vida á la fría é inanimada materia que su cincel modela. Cualidad es ésta inapreciable en un artista, sobre todo si, como con Parera acontece, el sentimiento aunque domina no excluye la belleza plástica, conseguida gracias al perfecto conocimiento de la técnica y de los recursos que con el talento y el estudio de los buenos modelos se aprenden.

Antonio Parera es muy joven: hijo de un artista bien conocido en Barcelona, demostró desde muy niño sus aficiones artísticas y ganó en honrosa lid una plaza de pensionado por él Estado en Roma, donde en la actualidad se encuentra. De él no puede decirse que promete mucho, pues la obra que hoy reproducimos basta por sí sola á probar que ha entrado con buen pie en el camino de las realidades.

Un mendigo, cuadro del Sr. Díaz Molina. – Cuando se expuso este cuadro en Almería, en donde reside el Sr. Díaz, un importante diario de aquella ciudad dijo, entre otras cosas, hablando de la pintura: «Representa el cuadro del Sr. Díaz Molina á un pobre en actitud de pedir limosna, y su posición es tan espontánea, tan natural, que al verlo llévase uno involuntariamente la mano al bolsillo para sacar una moneda y depositarla en la mano del infeliz pordiosero.»

En estas pocas líneas se condensa el mejor y más imparcial juicio que pueda hacerse de la obra que nos complacemos en reproducir. ¿Qué más podríamos añadir por nuestra parte? Cuando un lienzo llega á producir la impresión de la realidad, ni el crítico puede aducir más exigencias ni en el autor cabe ambicionar mayores alabanzas.

El Sr. Díaz Molina, ex pensionado de la Diputación provincial almeriense, desempeña, á pesar de sus pocos años, el importante cargo de Director interino de la Academia de dibujo del Instituto de segunda enseñanza de aquella provincia.

El mendigo fué adquirido por el Ayuntamiento de Almería con gran aplauso de cuantos en aquella importante ciudad se interesan por el fomento de las bellas artes y solicitan justos estímulos para los artistas que tienen acreditados sus merecimientos.

Caricias maternales, cuadro de E. Krug, grabado por Baude. – He aquí uno de los temas que con haberle cantado los poetas de todas las edades, no ha podido ser agotado todavía ni es fácil lo sea mientras subsista en el mundo ese purísimo afecto que con el nombre de amor maternal es conocido. Y se comprende: este sentimiento, inmenso en su intensidad é infinito en sus manifestaciones desde el apacible cariño hasta el sacrificio heroico, se presta cual pocos á las concepciones de la poesía y del arte.

No ha sido de los menos afortunados en expresarlo el reputado pintor Krug, cuya es la obra que reproducimos. Su cuadro es un hermoso idilio que nos ofrece en gracioso grupo á esa joven madre tendida sobre la verde hierba jugando con su pequeñuelo, mientras el perrito que les acompaña parece reclamar su parte en aquel agradable entretenimiento y mezclar sus ladridos con las alegres risas de la una y los alborozados gritos del otro.

El autor de *Caricias maternales* ha sabido al propio tiempo pintar un paisaje sobre cuyas bellezas resaltan de una manera encantadora las figuras, y envolver el conjunto en un ambiente poético que tan bien cuadra en el asunto tratado, y que lejos de estar inspirado en pueriles idealismos, es reproducción fiel de la realidad de muchas escenas de la vida campestre.

Labrando el campo, dibujo de D. Laureano Barrau. – Este estudio, que de tal lo califica su autor, nos ofrece en medio de la sencillez del asunto y de la sobriedad con que está tratado bellezas suficientes para confirmar lo que en otras ocasiones hemos dicho de nuestro joven compatriota. Hay en este dibujo toques vigorosos que revelan á un verdadero artista enamorado de la naturaleza y de los procedimientos que para copiarla emplean los grandes paisajistas modernos y dotado de talento y de alientos bastantes para alcanzar un primer puesto entre nuestros realistas. Las tendencias hoy dominantes en el arte tienen en Barrau un afortunado adepto; la tierra catalana posee en él un inspirado intérprete de sus hermosos lugares y de sus interesantes tipos.

La muerte del primer Orange, cuadro de W. Lindenschmidt. – Era el año 1584: gobernaba á la sazón los Países Bajos, en nombre de Felipe II, el sobrino de éste, Alejandro Farnesio, duque de Parma, cuyos incesantes triunfos, juntamente con la retirada del duque de Alenzón, hermano de Enrique III de Francia, que por algún tiempo había ejercido nominalmente de soberano entre los sublevados flamencos, habían puesto en situación comprometida al estatúder de la República de las siete Provincias Unidas, Guillermo de Orange, apellidado el Taciturno.

El monarca español, ansioso de poner pronto término á aquella difícil cuanto costosa lucha, había hecho pregonar un edicto declarando traidor al de Orange y ofreciendo 25.000 escudos al que se lo presentara muerto ó vivo, no faltando aventureros que se brindaran á realizar tan cobarde hazaña, aunque después de hacerse anticipar algún dinero se negaron á acometerla.

No movido por el afán de obtener el prometido premio, sino impulsado por el fanatismo religioso, un joven francés, Baltasar Gerard, acechaba desde hacía tiempo en Delft, en donde por aquel entonces el de Orange residía, una ocasión propicia para acabar con la vida del príncipe protestante. Para realizar su propósito érale preciso captarse la confianza de Guillermo, y para conseguirla no vaciló en presentarse como ferviente calvinista y en hacerse pasar por hijo de un mártir del protestantismo, lo cual unido á su situación miserable atrájole la compasión del Taciturno, quien le tomó á su servicio y le envió á Francia portador de un mensaje para el de Alenzón. A su regreso, con la fatal nueva de la muerte de éste, propúsose poner en ejecución el plan que de tanto tiempo venía acariciando y que realizó el día 10 de julio de 1584. Guillermo se dirigía con su familia al comedor cuando se presentó delante de él Gerard: su palidez, su mirada inquieta y su aire agitado causaron penosa impresión en Luisa de Coligny, sobrina del almirante y esposa de Guillermo, el cual se esforzó por tranquilizarla. Terminada la comida, el de Orange empezó á subir la escalera que conducía al primer piso del palacio, y apenas había puesto el pie en los primeros escalones, Gerard, que se ocultaba en un ángulo obscuro de la pared, salióle al paso y disparó sobre él á quemarropa. El príncipe cayó herido mortalmente en el pecho y falleció á los pocos instantes.

Tal es á grandes rasgos narrado el episodio luctuoso que sirve de asunto al interesante cuadro de Lindenschmidt. Conocido el hecho histórico, se comprende la valía de este lienzo, en el que que están con no poco acierto expresados los grandes sentimientos de los personajes que en él intervienen y se aprecia cual se merecen la fuerza dramática de la situación y el vigor con que están tratadas todas las figuras. En las actitudes y en los semblantes de éstas se revelan los distintos afectos que la sangrienta escena despierta en cada una de ellas: el terror y el asombro en los niños, la desesperación en la esposa y la indignación y la ira en el fiel amigo que en sus brazos sostiene el inanimado cuerpo del príncipe, á cuyo alrededor forman todos un grupo tan hermoso por su naturalidad como bello por la habilidad artística con que está dispuesto.

La muerte de Cleopatra, cuadro de Juan Collier, expuesto en la «Royal Academy» de Londres. – Al pintar este cuadro, Juan Collier ha cedido al deseo que parece haber dominado á los pintores de todos los tiempos: el de producir una obra de las comúnmente llamadas de empuje. Estas obras de empuje, sin embargo, así las artísticas como las dramáticas, tienen hoy entre el vulgo menos aceptación que en otro tiempo tuvieron, con lo cual dicho se está que el que las produce, más que para el común de las gentes, las ejecuta para los que prescindiendo de los gustos dominantes se colocan para juzgarlas en las elevadas y serenas regiones de la crítica imparcial y razonada.

Esto sentado, justo es decir que el inmenso lienzo de Collier puede considerarse desde ese punto de vista poco menos que perfecto: concebida con grandiosidad y profundamente meditada, *La muerte de Cleopatra* nada deja que desear en punto al dibujo y al color, que se manifiestan en líneas y matices de una armonía y verdad admirables.

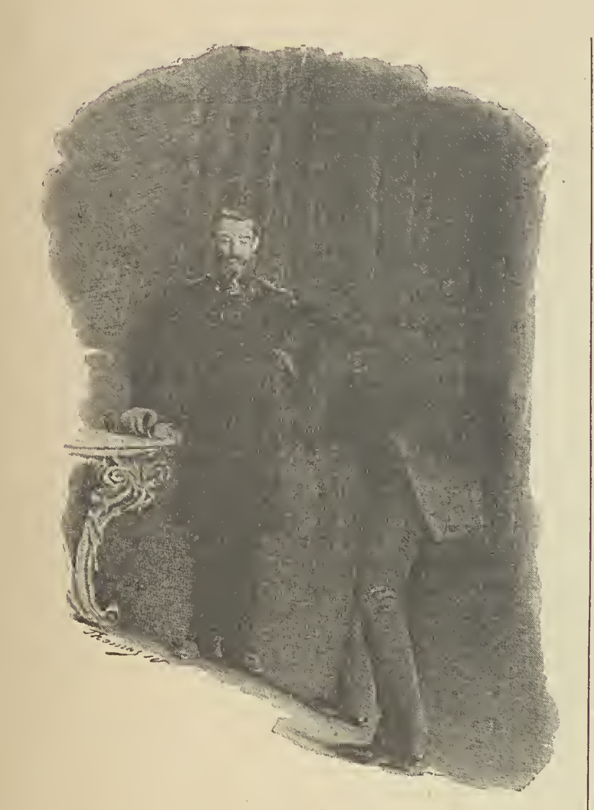
El artista nos presenta á la infortunada reina en su palacio tendida sobre su lecho de muerte: á sus pies yace muerta también su esclava Nacra, y recostada en la cabecera de aquél yérguese Carmión, otra de las esclavas favoritas de la amada de Marco Antonio, fija la vista en la puerta cual si esperara la entrada del conquistador romano para mostrarle el cadáver de la que no quiso con su presencia contribuir á los esplendores del triunfo.

El cuadro todo respira grandeza, y en las figuras, en la decoración y en los más nimios detalles descúbrese cuán á fondo conoce Collier la historia, la civilización, la indumentaria y la arqueología del antiguo imperio de los Faraones.

¡IMPOSIBLE!

NOVELA ORIGINAL DE DON FLORENCIO MORENO GODINO, ILUSTRADA POR CABRINETY

(CONCLUSIÓN)



– Sí, señor. Creyendo que fuese una nube pasajera, no he creído oportuno hablar de ello á V. M.

– Habéis hecho mal y faltado á nuestra antigua amistad. Espero que ahora repararéis vuestra falta.

El príncipe entonces refirió al emperador los amores de su hija con Marcial, así como también la explicación que con éste había tenido el día anterior.

El emperador reflexionó durante algunos minutos.

– ¿Estáis resignado, dijo, á conceder á ese joven la mano de vuestra hija?

– Qué he de hacer, señor. Elena está locamente enamorada y temo las consecuencias de ese amor contrariado.

– ¿Decís que ese joven es noble?

– Según parece, más que noble: de ilustre cuna.

– ¿Y orgulloso?

– Hasta un extremo increíble.

– Hasta el extremo de rehusar vuestros dones, y por consiguiente la mano de vuestra hija.

– Así es, señor.

– Pues bien: lo que no cree digno admitir de vuestra mano lo aceptará de la mía.

– No comprendo, señor.

– Quiero decir que puedo enriquecer á ese joven hasta igualarle con vuestra hija.

– Señor, temo que la bondad de V. M. sea inútil.

– ¿Por qué?

– Porque acaso no aceptaría.

El emperador volvió á pensar, y luego repuso:

– ¿Ese joven es profesor de idiomas?

– Sí, señor.

– ¿Conoce el nuestro?

– Perfectamente; hasta un punto inverosímil en un extranjero.

– Entonces, querido príncipe, tal vez hallaremos medio de salvar la situación.

– Si me fuera permitido preguntar á V. M...

– Ya lo sabréis, amigo mío; vuestra tranquilidad me es tan interesante, que no omitiré esfuerzo alguno á fin de devolvérosla.

– Lo sé, señor. Conozco las bondades de V. M. para conmigo.

– Está bien. Vais á dejar á mi primer ugier el nombre y las señas de la morada de ese joven extranjero. Lo demás corre de mi cuenta.

– ¡Ah, señor!

– Y tranquilizaos, príncipe. Hacia el Oriente hay nubes, y quizá pronto habré de necesitaros, no turbado por preocupación alguna.

El príncipe dejó el palacio imperial algo más animado con las palabras del emperador.

VII

La mayor parte de las veces si un enfermo que sufre una dolencia mortal, pero lenta, comprende, bien por su propio instinto ó bien por descuido é indiscreción de las personas que le rodean, que está desahuciado, primeramente padece una pena indecible y luego se resigna. Quizá es la estación de la primavera, y el herido de muerte ha sorprendido esta frase significativa: *Para la caída de la hoja...*, y como la adivina en toda su desconsoladora verdad, se familiariza con la idea de aquel límite marcado á su existencia, y acariciado por el sol de mayo, se dice que el otoño está aún distante y que todavía puede gozar de muchos días serenos.

El enfermo, en este caso, merced á la universal ley de la compensación, multiplica sus sensaciones y en breve espacio de tiempo vive los años que la muerte debe robarle.

Sucede también á veces que alguna de las personas que aman al enfermo, usando de un piadoso engaño, le dan esperanzas de pronta curación, halagándole con mil proyectos para el porvenir; y entonces el enfermo, bien sea por compasión hacia el dolor ajeno ó tal vez porque acoge la esperanza que desean transmitirle, no se atreve á decir: ¿Por qué os engañáis al engañarme, cuando sabéis, como yo, que mis días están contados?

Marcial, después de su conversación con el príncipe, se hallaba como un enfermo en este estado que como de pasada he descrito; había llegado ya á la resignación, y como el enfermo, se dijo: «Gocemos de esta primavera de amor, puesto que debo morir en breve.»

Presentóse, pues, en casa de la princesa tranquilo, pero con aspecto más animado. Elena lo notó con satisfacción; pero ésta duró poco, porque al observar al pobre joven vió en los ojos de éste una como nube sombría y dolorosa.

– Mira, Marcial mío, le dijo cuando estuvieron sentados á la mesa en que daban la lección de inglés, no quiero que estés triste, ¿lo oyes?, no quiero, porque no tienes motivos; *nadie* se opone á nuestro amor y vamos á ser muy felices.

Marcial hizo entonces lo que el enfermo de que he hablado, fingió creer, ó tal vez creyó en aquella felicidad, y su pasión hízole prorrumpir en mil amorosas palabras, en las que se desbordó su corazón.

La princesa le oía embebecida, y tomando aquel ímpetu febril por alegre animación, le dijo mirándole tiernamente:

– Muy bien, señor profesor: así me gusta veros; y para recompensaros, tal vez os otorgue un don como las antiguas damas á sus paladines.

– ¿Cuál?, preguntó Marcial con amoroso interés.

– Mira, repuso Elena abriendo la cartera donde guardaba sus escritos en inglés.

El joven miró. Había allí un retrato al daguerrotipo, y este retrato era el de la princesa.

Marcial le tomó con ávida y temblorosa mano.

VIII

Cuando Marcial volvió á su casa, gozoso de poseer el retrato de la princesa y diciendo para sí: «Al menos veré su imagen hasta el último momento de mi vida,» se halló con una novedad que le llenó de asombro.

Un ugier de la casa imperial había traído un pliego en que decía:

«Mr. Marcial Bernáldez de Toledo se servirá presentarse mañana jueves, á las dos de la tarde, en el palacio imperial, en donde será recibido por S. M. el emperador.»

Pasado el primer momento de sorpresa, Marcial dióse á pensar en la causa que podía motivar aquella misiva, y no hallaba explicación ni aun probable.

Recordando su conversación con el Príncipe Lodiski, pensó en que éste tal vez podría haber intervenido en aquella cita imperial; pero ¿por qué para qué y en qué podía influir el Emperador en su destino?

Al día siguiente anticipó su diaria visita al palacio Lodiski, á fin de poder presentarse en el imperial á la hora indicada, interrogó también á la princesa respecto á la misiva del emperador; pero aunque no se mostró muy sorprendida, no pudo darle respuesta alguna satisfactoria.

Marcial salió del palacio Lodiski, y media hora después subía por la escalera de mármol ural de la morada de invierno del emperador.

Toda grandeza impone; y aunque noblemente organizado, nuestro joven no pudo menos de experimentar una especie de vértigo fascinador en medio de aquellas soberanas magnificencias, así es que cuando un ugier, abriendo una puerta y alzando una gruesa cortina de seda, pronunció: «Mr. Bernáldez de Toledo,» el pobre joven sintió pasar ante sus ojos una cosa deslumbrante.

Marcial se hallaba en presencia de uno de los primeros soberanos del mundo.

IX

El czar recibió á Marcial en pie, apoyada la mano izquierda en un gran velador de malaquita, en una actitud noblemente graciosa, que permitía admirar su elevada estatura y las perfectas proporciones de su cuerpo. Vestía un traje militar y tenía la cabeza descubierta, cabeza soberana, llena de expresión y energía, no obstante sus rubios cabellos y el claro azul de sus ojos.

Al fijar éstos para examinar al joven extranjero, despidieron una mirada profunda é inteligente á modo de un relámpago, y luego volvieron á adquirir su habitual dulzura.

El emperador, con un ademán cortés, indicó á Marcial uno de los dos sillones que había al lado del velador, y sentándose en el otro, dijo en su idioma nativo:

—Sentaos, caballero, tenemos que hablar un rato. He deseado veros, porque espero de vos un gran servicio.

– ¿Señor?, dijo el joven inclinándose.

– ¿Os llamáis Mr. Marcial Bernáldez de Toledo y sois español?

– Así es, señor.

– Pues bien, caballero, tened la bondad de escucharme y comprenderéis la causa de haberos molestado. Hay en la literatura española un autor que por su profundidad, estilo, gracejo y erudición, después de Cervantes le creo el primero; y desearía que vos indicaseis á cuál de vuestros escritores pueden atribuirse tales cualidades, á fin de corroborar mi apreciación.

– Señor, dijo Marcial, vacilo al contestar, pero supongo que V. M. se refiere á Quevedo.

– Justamente, caballero. Por casualidad hè hojeado una versión francesa de una obra que tenemos en la biblioteca imperial, y aunque poco inteligente, he alcanzado á comprender la inmensa valía de tan peregrino ingenio.

– Esa es mi opinión, señor.

– Ya sé que las grandes obras del entendimiento son en general intraducibles y que hasta la idea se tergiversa al ser emitida en distinto idioma; pero existen en las lenguas, aun entre las más opuestas, extrañas afinidades, y esto tengo entendido que sucede entre la española y la rusa.

– Así es, señor, según lo poco que he podido deducir de mis escasos conocimientos en la última.

– Sois muy modesto, caballero. A propósito os estoy hablando en mi idioma y ciertamente me admira la rara perfección con que en él os expresáis.

– ¡Señor!

– He sabido además que os ocupáis en trabajos literarios, y aprovechando la rara ocasión que se me presenta de hallar una persona inteligente que posea ambos idiomas, deseo me hagáis una versión rusa de los admirables escritos de Quevedo. Deseo popularizar la lectura de ese inimitable autor. En mi biblioteca tengo dos ejemplares españoles.

– Pero, señor, observó Marcial, en el colmo de la sorpresa, no me creo con los conocimientos suficientes á lograr tamaña empresa.

– Intentadlo, caballero, y estoy seguro del éxito. No os pido que traduzcáis todas las obras del insigne escritor español, aunque tendría suma satisfacción en ello, porque sería tarea difícil y sobre todo ardua, pero sí las más intencionadas y profundas. Haceos ayudar, si es necesario, de algunos de nuestros escritores, no perdonéis médio ni escatiméis gastos.

Marcial titubeó, por una parte le arredraban las dificultades de aquel encargo, y mucho más en el estado de inquietud de su espíritu; mas por otra, la cortés insistencia del emperador, la idea de que éste, recompensando su trabajo le proporcionaría el me-

dio de solventar la supuesta deuda contraída con el prestamista relacionado con Mlle. Brian y de asegurar el regreso á España de su viejo criado Bernardo, cuyo porvenir le tenía intranquilo, obligáronle á decidirse á cumplir el deseo del czar.

– Señor, dijo, no puedo negarme á una proposición que tanto me honra; pero conste que, aun cuando yo agotaré toda mi fuerza de voluntad, tanto por



complacer á V. M. cuanto por honrar la memoria del autor de quien se trata, temo profanar su obra.

– Eso ya lo veremos, caballero. Ahora trabajad con fe y, me atrevo á rogároslo, con prontitud. El día en que pongáis fin á vuestro trabajo, será para mí de suma satisfacción.

– Señor, procuraré complacer á V. M.

– Mañana recibiréis un recado mío por medio de mi secretario particular, con quien os entenderéis siempre que deseéis verme.

X

A la mañana siguiente presentóse el secretario del czar en casa de Marcial y le entregó un ejemplar español de las obras de Quevedo, una autorización para valerse de cuantas obras y manuscritos le fueren necesarios y además un talón del Banco de San Petersburgo por valor de mil quinientos rublos.

El príncipe y Elena no se mostraron tan sorprendidos como el preocupado joven esperaba al participarles el encargo del emperador.

– Si vais á estar tan ocupado, dijo la princesa con acento indefinible, no me atrevo á insistir en mis lecciones de inglés.

– Marcial, coartado por la presencia del príncipe, limitóse á contestar:

– Hay tiempo para todo, princesa.

– En ese caso, repuso Elena acariciándole con una mirada, no quisiera olvidar lo que he aprendido.

Marcial se puso á trabajar sin pérdida de tiempo, preparándose primero con la detenida lectura del autor que debía traducir y proporcionándose cuantas obras y diccionarios en ambos idiomas juzgó necesarios. No obstante la advertencia del emperador, no quiso valerse más que de algunos escribientes que le facilitasen el trabajo material, ayudándole á comprender el significado de las pocas palabras rusas que ignoraba.

Una idea loca é infundada, pero natural hasta cierto punto en quien está poseído de una gran pasión y abocado á un gran peligro, se posesionó del pensamiento del enamorado joven. Durante las pocas horas en que se entregaba al descanso, al ir y venir desde su casa al palacio Lodiski, antes de conciliar el sueño, ó en el rato que pasaba sentado á la chimenea después de comer, formaba un plan para lo sucesivo, plan descabellado, propio de un amante ó de un poeta.

Marcial pensaba:

«El czar recompensará espléndidamente mi trabajo, no cabe duda. La mayor parte del regalo imperial le destinaré al pobre Bernardo, y con el resto me iré á Baden ó á Hamburgo á probar fortuna en el juego: se han dado casos de suerte, y ¡quién sabe si en un día, en una hora, realizaré los sueños de mi ambición!

Tal era el plan de Marcial, y lo cierto es que su lucubración sirvióle de mucho, estimulándole al trabajo.

La contemplación del retrato de la princesa y su diaria visita al palacio Lodiski eran además como oasis en que reponía las fuerzas de su espíritu.

La estrella de esperanza que lucía en los antes obscuros limbos de su imaginación, hacíanle estar menos preocupado que anteriormente, poniendo más en relieve sus dotes de talento y amabilidad, con lo cual acabó de captarse las simpatías del príncipe.

En cuanto á la princesa, estaba encantada.

Marcial trabajó con encarnizamiento, y sólo de este modo se concibe que en el corto espacio de tres meses terminase su obra hecha y corregida á toda conciencia. El emperador, sin leerla, mandó imprimirla é ilustrarla con un lujo verdaderamente regio, bajo la dirección de aquél, que no descansó hasta dejar en la biblioteca imperial los numerosos ejemplares de aquella magnífica edición.

Cuando se presentó al soberano para llevarle algunos, pedidos por él, el czar le dió las más expresivas gracias al joven traductor y le dijo: «Desde hoy mi biblioteca tendrá una joya más y yo ratos de agradable entretenimiento.»

XI

Seis días después el príncipe Lodiski recibió un ejemplar de la nueva traducción, en cuya portada se leía la siguiente dedicatoria autógrafa del emperador:

«A la princesa Elena Lodiski, á la cual *interesará* este libro.»

El secretario particular del czar presentóse también en casa de Marcial y le entregó un pliego cerrado y sellado con las armas imperiales.

Rompió nuestro héroe la cubierta, enteróse de su contenido y cayó en un sillón, trémulo de emoción y asombro.

En primer lugar halló un título de Conde, expedido á su nombre con la denominación de Peterhof, una de las residencias imperiales.

Luego los títulos de propiedad de una vasta posesión situada en Moineaux, cerca de Moscou y que rentaba seis mil rublos anuales, y por último, dos talones del Banco de San Petersburgo, por valor de cincuenta mil rublos cada uno.

Era todo esto tan inconcebible, tan inaudito, que el pobre joven, aunque familiarizado con las sorpresas, lo creyó un sueño, una nueva faz de los castillos en el aire que había edificado en Baden ó en Hamburgo.

En los primeros instantes la emoción paralizó sus acciones y casi sus pensamientos.

Vuelto en sí exclamó:

«Esto, sin duda, es una equivocación, y aunque no la haya no debo aceptar.»

Y como si temiese desistir de su propósito, salió apresuradamente de su casa, llevándose el pliego que acababa de recibir; tomó un *droschy* (1), hízose conducir al palacio imperial, y por medio del secretario solicitó ver al emperador.

Un rato después hallábase en presencia de este soberano, que le dijo con su habitual benevolencia:

– No esperaba veros tan pronto, caballero. Sin duda habéis adivinado que he leído ya vuestra admirable traducción y venís á que os repita mis felicitaciones.

– Señor, no vengo á eso, contestó Marcial, trémulo de emoción, por más que la benevolencia de V. M. colme mis mayores deseos.

– ¿Entonces?...

– Vengo, aunque no ignoro que no se debe interrogar á los príncipes, á saber de V. M. si este pliego está efectivamente dedicado á mí.

– Sin duda, caballero.

– Pero Señor, yo no puedo aceptar.

– ¿Por qué causa?

– Voy á hablar con el corazón en la mano, señor. Sabiendo que V. M. es el príncipe más espléndido de Europa, esperaba un gran regalo de su parte; pero el que acabo de recibir es tan superior á mis esperanzas y á mi escaso merecimiento, que mi conciencia no me permite...

– Decid vuestro orgullo, interrumpió el czar con acento severo.

– ¡Señor!...

– Fijaos en mis palabras, caballero. Tengo entendido que sois noble.

– Sí, señor.

– Pues bien: debéis saber que un noble jamás se desdeña de aceptar los dones de un soberano por grandes que sean.

– ¡Ah, señor!

– Pero prescindiendo de esta consideración dejo aparte vuestra personalidad y os pregunto: ¿Qué debe hacer uno de los monarcas más espléndidos de Europa, como vos decís, para honrar la memoria de uno de los más eximios autores del mundo y honrarse á sí propio?

– ¡Señor!, exclamó Marcial conmovido ante aquella grandeza soberana, sólo puedo contestaros cayendo á los pies de V. M.

XII

Mlle. Brian estuvo admirable en la confección del traje de boda de la princesa Elena Lodiski.

EPÍLOGO

Estaban sentados en un sitio extremo del *Paseo de las islas*.

Eran los últimos días de Junio, reinaba por fin la tardía primavera del Norte y la atmósfera iba adquiriendo una pureza sobrenatural.

Desde aquel sitio los felices esposos abarcaban con sus miradas un espacio inmenso, absorbiendo al mismo tiempo los efluvios de la brisa marina, que llegaban hasta ellos, resbalando sobre el río.

Oíanse á lo lejos ecos plañideros, repercusiones extrañas, producidos por las nieves árticas que se desprendían en aludes colosales; y el astro del día, declinando lentamente, iluminaba aquel panorama asombroso con efectos de luz inauditos.

Marcial, no acostumbrado á aquel magnífico espectáculo, estaba absorto.

Miró su reloj: eran las diez de lo que debía ser noche, y aún el sol no había acabado de descender.

Por fin llegó al extremo del horizonte, y pareció sumergirse en las aguas del mar.

Quedó una luz más tenue, pero clara y sin el menor amago de sombra.

Entonces ambos esposos, enlazadas las manos, cayeron en ese éxtasis del amor feliz, en esa contemplación mutua, en que las palabras son monosílabas y las miradas poemas.

Poco á poco cesó el silencio y comenzó el cuchicheo.

Recordaron sus amores. Marcial habló de aquel *terrible* instante en que en el Retiro de Madrid tomó á Elena en sus brazos, trató de expresar el estremecimiento contagioso que entonces serpenteó por todo su ser, haciéndole adivinar que se había fijado para siempre su amoroso destino. Elena, bajando los ojos dijo que ella también sintió aquella predestinación, el día en que leyó el título de la obra olvidada por Marcial y recogida por su aya. Convinieron ambos en que habían estado algo tímidos y algo locos, y en que no querían curarse de aquella demencia.

Una exclamación de Marcial interrumpió su amoroso coloquio.

Al ver aparecer un vivo resplandor en la zona oriental, dijo admirado:

– ¿Qué es eso, una aurora boreal?

– No, contestó Elena, es la luz que precede á la aparición del sol:

– ¡Imposible! ¡Pues si acaba de ponerse!

– ¡Mira!, repuso aquélla señalando el horizonte.

En efecto, el magnífico astro apareció rodeado de un halo esplendoroso, lleno de prismáticos colores



y trazando espirales prolongadas. Las aves acuáticas, invisibles durante un rato, volvieron á levantarse de entre la espumosa cinta del Neva, y el ruido lejano de las nieves derretidas por la acción del sol adquirió más intensidad.

– ¡Ah!, exclamó Marcial en el colmo del asombro, ¡Esto es un día eterno!

– Sí, Marcial mío, dijo la enamorada esposa, mirándole con ternura: ¡Eterno como nuestro amor!

FIN

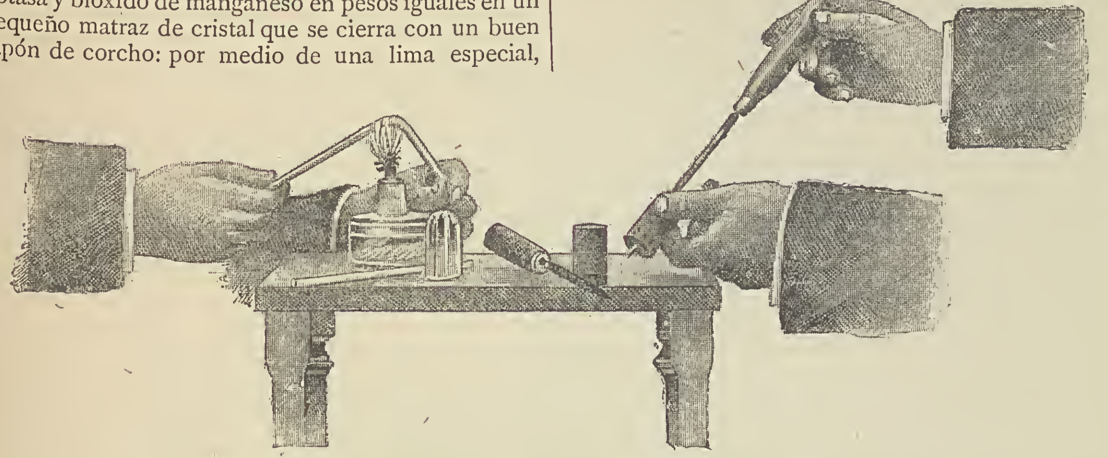
(1) Coche de alquiler.

SECCIÓN CIENTÍFICA

QUÍMICA RECREATIVA. – EL OXIGENO

Mezclado con el ázoe, el oxígeno forma el aire; combinado con el hidrógeno, da origen al agua; las plantas y los animales están en parte por él formados, y en el peso total de la corteza terrestre entra por un tercio aproximadamente.

Se prepara calentando una mezcla de clorato de potasa y bióxido de manganeso en pesos iguales en un pequeño matraz de cristal que se cierra con un buen tapón de corcho: por medio de una lima especial,



EL OXÍGENO. – Fig 1. Procedimientos para agujerear el tapón y encorvar el tubo de cristal

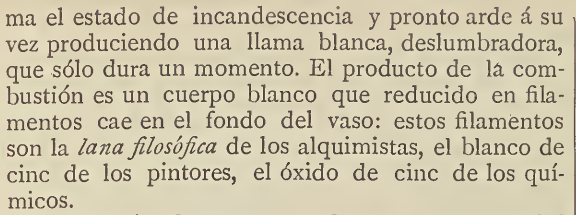
llamada de cola de ratón, se practica en éste un agujero (fig. 1) por el cual se introduce de modo que ajuste perfectamente un tubo de cristal encorvado en ángulo recto, lo que se obtiene fácilmente colocándolo sobre una lamparilla de alcohol, como lo indica la citada fig. 1. El gas se recoge en un frasco lleno de agua con ayuda de un pequeño tubo de caucho que arranca del tubo de cristal.

La combustión del cinc. – En el oxígeno todos los cuerpos arden con mucha mayor intensidad que en el aire. Las combustiones del carbón, del azufre, del

EL OXÍGENO. – Fig. 2. Combustión en el oxígeno de una aguja de coser

fósforo son hermosas; pero por lo mismo que estamos tan acostumbrados á verlas en todas las clases, nos llaman poco la atención.

Con un trozo de cinc y un vaso lleno de oxígeno podremos verificar una combustión muy bonita. Tomemos un tapón de corcho plano bastante ancho para cerrar el vaso que nos sirva para el experimento, y fijemos en él un alambre suficientemente largo para que llegue hasta la mitad de la altura de aquél, clavando en el extremo libre del mismo una bola del tamaño de una nuez, hecha con virutas muy delgadas de cinc, en cuyo interior pondremos un pedacito de carbón que asome su afilada punta por el extremo de la bola. Cogiendo el tapón con la mano drecha, aproximemos la punta de carbón á la llama de una bujía, y cuando aquélla presente un punto rojo introduzcámosla rápidamente en el frasco de oxígeno. El carbón arde intensamente, el cinc que le rodea to-



ma el estado de incandescencia y pronto arde á su vez produciendo una llama blanca, deslumbradora, que sólo dura un momento. El producto de la combustión es un cuerpo blanco que reducido en filamentos cae en el fondo del vaso: estos filamentos son la *lana filosófica* de los alquimistas, el blanco de cinc de los pintores, el óxido de cinc de los químicos.

Combustión de una aguja de coser. – Anunciad á una persona que vais á quemar una aguja de coser con sólo calentarla en la llama de un fósforo, y de fijo quedará en extremo sorprendida.

Y sin embargo, nada más fácil si podéis disponer de un frasco lleno de oxígeno. En efecto; tomemos una aguja larga y gruesa para que la combustión dure más tiempo y clavemos la punta en un pedazo de fósforo de madera y la cabeza en un taponcito de corcho sostenido por un alambre clavado á su vez en un tapón ancho y plano como el del experimento anterior (fig. 2). Encendamos el fósforo é introduzcamos todo ese aparato en el frasco de oxígeno: el pedacito de madera del fósforo arde vivamente y luego se vuelve incandescente la punta de la aguja que arde con ruido proyectando chispas en todas direcciones hasta que le falta oxígeno. Esta combustión es un verdadero fuego de artificio muy parecido á los pequeños cohetes de salón que los niños encienden sin soltarlos de la mano y de los cuales surgen innumerables chispas que forman elegantes dibujos.

En este experimento hay que tener cuidado en proteger el fondo del frasco con una gruesa capa de agua, sin lo cual las gotitas de óxido de hierro fundido que caerían en él romperían infaliblemente el cristal. Terminada la combustión, se observa en el extremo de la aguja que no ha ardido una bolita esférica: es el óxido de hierro fundido procedente de la combustión.

También puede hacerse arder una aguja de hacer calceta, pero hay que escogerla delgada si se quiere que el experimento salga bien.

Extracción del oxígeno del aire.—¿Por qué se prepara el oxígeno calentando clorato de potasa, que cuesta relativamente caro, cuando parece tan fácil extraer aquel gas del aire? Este problema de la extracción del oxígeno del aire ha preocupado durante largo tiempo á un gran número de químicos eminentes, y aunque no puede decirse que está completamente resuelto, cabe afirmar que se ha dado un gran paso en este sentido. En Passy, calle Gabarni, existe una fábrica en alto grado interesante, en donde se aislan los elementos del aire, el oxígeno y el ázoe, que se venden separadamente.

El procedimiento para ello empleado es una modificación del marcado en otro tiempo por Boussingault. Consiste en calentar barita en una corriente de aire: la barita absorbe el oxígeno transformándose en bióxido de bario. Si entonces se hace cesar la corriente de aire y se eleva la temperatura, el bióxido cede su oxígeno y produce barita que puede absorber nuevamente este gas.

Teóricamente, con una pequeña cantidad de barita y de calor podría obtenerse oxígeno en cantidad indefinida; pero en la práctica, Boussingault no pudo servirse de la misma barita más de diez y siete veces, después de las cuales dejaba de absorber oxígeno.

Los hermanos Brin, cuyo procedimiento es el que se emplea en la fábrica de Passy, han perfeccionado esta fabricación preparando una barita pura especial y evitando al propio tiempo calentar á una temperatura demasiado elevada el bióxido de bario que se forma haciendo un vacío parcial. El ázoe se recoge en un gasómetro y el oxígeno en otro.

Priestley, entusiasmado con las propiedades del oxígeno que acababa de descubrir, escribía en 1774: «¿Quién puede asegurar que, andando el tiempo, ese aire puro no se convertirá en objeto de lujo muy en moda?» Aunque no ha llegado á ser artículo de lujo, su elevado precio hace que no lo empleen muchas industrias.

Sin embargo, la industria lo usa, después de una electrización que lo transforma en ozono, para el blanqueo de las telas y de la pasta de papel y para la rectificación del alcohol: este ozono se vende en tubos metálicos muy gruesos que contienen el gas fuertemente comprimido. En algunos tubos de 2'50 metros de longitud por 0'15 de diámetro y con una cabida de 30 litros, el gas está comprimido á 120 atmósferas, de modo que cada uno de aquéllos puede proporcionar 3.500 litros de gas. Estos tubos llevan un regulador de presión que, dando vuelta á una espita, permite una salida constante hasta cuando apenas hay presión en el recipiente (fig. 3). Esta dispo-

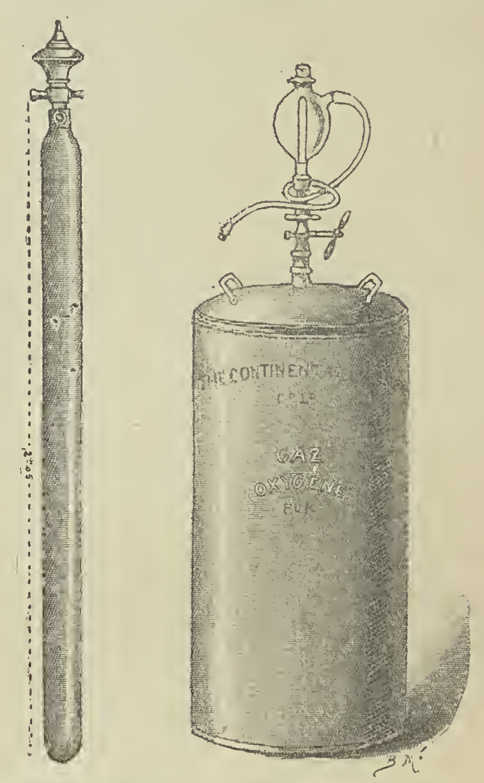


Fig. 3. Recipiente de oxígeno para la industria
Fig. 4. Recipiente para las farmacias y los laboratorios

sición es muy cómoda, sobre todo para las proyecciones con luz oxhídrica, que ofrece de este modo una intensidad siempre igual.

De algunos años á esta parte, la medicina emplea mucho el oxígeno puro, ora exteriormente para modificar úlceras atónicas en las cuales produce viva excitación, con lo que el enfermo toma verdaderos baños de oxígeno, ora interiormente en inhalaciones para reanimar á los que se asfixian ó para combatir la tisis. La fábrica citada vende á los farmacéuticos y á los laboratorios recipientes especiales que contienen unos 200 litros de gas á la presión de 8 atmósferas (fig. 4). A menudo el oxígeno debe ser inhalado solo, pero algunas veces sirve de vehículo á otros medicamentos, como eucaliptol, creosota,



Fig. 5. Agua oxigenada de mesa
Fig. 6. Agua saturada de oxígeno á presión

yodoformo, fenol, ácido fluorhídrico para las enfermedades de pecho, ó cloroformo, éter, cloral para las afeciones espasmódicas de las vías respiratorias.

En estos casos el gas pasa por una bola hueca de metal que se ve en la (fig. 4) y llega al pecho del enfermo saturado de vapores medicamentosos.

Y no es esto todo: el oxígeno disuelto á presión



Fig. 1. La señorita Lucía de Gentry adivinando el pensamiento

produce un agua con frecuencia impropiamente llamada agua oxigenada, que es un ligero estimulante para la digestión y se emplea como agua de mesa (fig. 5). A mayor presión y adicionada con un poco de gas carbónico, que le da cierto sabor picante, se vende en sifones (fig. 6).

Vertiendo de esta agua en un vaso, puede avivarse la llama de un fósforo que sólo presente un punto rojo, poniéndolo sobre la superficie de aquélla; pero hay que operar muy de prisa, porque el oxígeno se escapa con gran rapidez.

F. FAIDEAU

(De *La Science Illustree*)

***

ADIVINACIÓN Y TRANSMISIÓN DEL PENSAMIENTO

Cuando hace unos diez años el inglés Mr. Stuart Cumberland ejecutó en Alemania y en Austria los experimentos de adivinación del pensamiento, las gentes, aun las más ilustradas, no sabían hallar explicación satisfactoria á este fenómeno. Cumberland se presentaba como hombre dotado de un poder misterioso, y por tal le tenían la generalidad de los que asistían á sus representaciones, al paso que los menos, los escépticos, atribuyeron la habilidad á simple juego de prestidigitador.

Desde entonces han surgido infinidad de adivinos de ambos sexos que han hecho lo mismo y quizás más que Cumberland, y la controversia científica á que dió origen este espectáculo ha terminado demostrando el conocido fisiólogo doctor Preyer, teórica y prácticamente, que en la adivinación del pensamiento no había de verse un don especial á pocos concedido, sino una aptitud basada en la exquisita sensibilidad del tacto, capaz de apreciar los menores y más inconscientes movimientos musculares. Esta opinión que desgarraba el místico velo tras del cual se ocultaban Cumberland y sus compañeros de arte, se vió confirmada por el hecho de aparecer en cien lugares distintos otros tantos adivinadores del pensamiento, hasta el punto de no haber quizás una familia que no contara alguno de ellos La adivinación del pensamiento ha llegado á ser desde entonces en Alemania un verdadero *sport* predilecto de los que en las largas veladas de invierno se congregan en familiar tertulia. Pero como todo progreso, la adivinación del pensamiento no se ha circunscrito á los experimentos de encontrar un alfiler, escribir cifras por otro pensadas, etc., que constituían la especialidad de los primeros adivinos de profesión, sino que se inventaron nuevos y entretenidos números, no todos tan conocidos que no tenga cierto interés dar de ellos una breve descripción.

Por de pronto no se persistió en el contacto directo entre el experimentador y su medium como primera condición para el buen éxito del experimento, sino que se buscaron para esa comunicación indispensable otros medios, como coger las dos personas un mismo palo, ó un pañuelo, ó un cordón, etc. Este sistema lo introdujo la señorita Lucía de Gentry, con la que hemos hecho varias pruebas de adivinación que han dado resultados excelentes.

Esta señorita se ata en la mano el extremo de un pañuelo de bolsillo y hace que su medium aguante con la suya el otro, como lo indica la fig. 1, en la que se presenta el experimento de tomar de una cesta con varias flores la mentalmente escogida por su auxiliar.

Uno de los nuevos ejercicios, de gran efecto, consiste en adivinar y coger un naipe previamente determinado por el medium, y se ejecuta del siguiente modo: sentados en sendas sillas frente á frente el medium y el adivino, toma aquél con una mano un juego de naipes que extiende en abanico de modo que la cara de las cartas mire á él y con la otra coge la muñeca de su frontero, como lo indica la fig. 2. El adivinador tiene, como es natural, en todos estos casos los ojos vendados, no tanto para probar á los espectadores que en el juego no hay engaño, como para *hacerse pasivo*, valga la frase, es decir, para sustraerse más fácilmente á las influencias externas que podrían distraer su atención. El medium indica una carta de antemano convenida con los espectadores y sin previo conocimiento del adivinador, y concentra su voluntad en el propósito de que éste acierte la carta pensada. A la voz de ¡ahora! el adivinador coge rápidamente el primer naipe que tocan sus dedos y que casi siempre es el mismo que había de acertar.

Otro juego entretenido es el llamado *la sortija adivinadora del pensamiento* (fig. 3), y que consiste en que el adivinador mantiene suspendida de un hilo una sortija que da en un vaso tantos golpecitos como unidades tiene un número previamente pensado.

Este experimento se verifica del modo siguiente: el adivinador pide un hilo de seda, un vaso de cristal y una sortija, si es posible de las llamadas alianzas, y suplica á una señora que se sirva de él como medium. Después de haberse puesto en contacto con ella del modo indicado, ata la sortija á un extremo del hilo y se arrolla el otro extremo en el dedo índice extendido, hecho lo cual se sitúa delante de la mesita con el brazo tendido de modo que el improvisado péndulo venga á caer en el centro del vaso



Fig. 2. Adivinación de una carta

encima de aquélla colocado, sin tocar el fondo. Terminados estos preparativos, ruega á la señora que le diga, dispensándole la indiscreción, cuántos años tiene, sin ocultar uno, porque para el buen éxito del experimento es preciso que la edad sea exacta: aquélla dice una cifra, casi nunca la verdadera, el adivinador encarece una vez más la necesidad de que sea sincera en su afirmación y la dama insiste naturalmente en que lo ha sido en absoluto.

«Perfectamente, dice el poco galante medium. En mi calidad de adivinador del pensamiento, nada se me oculta, y además puedo transmitir á la sortija el poder de descubrir las cosas más recónditas. Vamos á ver, pues, qué dice el anillo. Lo único que suplico á V. es que piense con toda la fuerza de su voluntad en el número que expresa su edad verdadera.»

Gran ansiedad y completo silencio de los circunstantes, que fijan atentamente sus ojos en los experimentadores y en la sortija. De pronto el péndulo empieza á oscilar, los movimientos se van haciendo cada vez más intensos y por fin un sonido vibrante demuestra que el anillo ha alcanzado toda su fuerza de percusión.

Uno,... dos,... cinco,... diez,... veinte,... treinta,... treinta y tres golpes ha dejado oir la mágica campana: la señora se aparta involuntariamente del adivinador, á quien antes había confesado como edad verdadera veintiocho años, segura de que nadie había de echarle más á juzgar por su semblante fresco y bello. ¿Cómo, pues, el misterioso péndulo ha demostrado el engaño? Muy sencillamente: la amable señora ha pensado involuntariamente en su verdadera edad, vacilando en la duda de si el péndulo descubriría su mentira, y los impulsos en su cerebro surgidos se han traducido en vibraciones musculares que el adivinador ha percibido *inconscientemente* y transmitido al péndulo. Y decimos inconscientemente porque así es en efecto, pues el adivinador no tiene conciencia de lo que hace, sino que obra en cierto modo como instrumento puesto en manos del medium que piensa por él.

Dejando ya este tema de la *adivinación muscular*,



Fig. 3. El péndulo misterioso

diremos algo de la *adivinación sobrenatural del pensamiento*, de la llamada *telepatía*.

La principal diferencia entre estos dos medios de transmitir el pensamiento estriba en que en la adivinación muscular hay un contacto directo sensible entre el adivinador y su medium, al paso que en la telepatía las dos personas puestas en comunicación mental pueden estar muy lejos una de otra sin que por ello se dificulte la transmisión.

Otra diferencia consiste en que en la telepatía ambas personas no tienen á menudo conciencia de su acto: el actor no sabe que quiere transmitir un



Fig. 4. Telepatía de una niña

pensamiento y el paciente ignora que se le quiere transmitir.

Son, pues, posibles en la telepatía tres cosas:

1.° Actor y paciente tienen conciencia de la transmisión; tal suele suceder con los experimentos que

se verifican propiamente para transmitir un pensamiento.

2.° El actor ó el paciente no tienen conciencia de la transmisión; por ejemplo, cuando uno de ellos se encuentra en un estado distinto de la vigilia normal, es decir, cuando duerme, tiene calentura, es sonámbulo, etc.

3.° Cuando ninguno de los dos tiene conciencia de esa transmisión, caso que en la vida sucede con más frecuencia de lo que generalmente se cree.

Como ejemplo de la forma más sencilla de la transmisión sobrenatural del pensamiento, podemos citar el juego de sociedad que hace tiempo ha tomado carta de naturaleza en Inglaterra y América con el nombre de *Willing-game* (juego de voluntad), que se ejecuta del modo siguiente: en una tertulia se escoge como paciente una persona joven, mejor si es un niño de seis á diez años, y se le encarga que salga de la habitación y que al ser á ella de nuevo llamado se fije bien en la idea que se agite en su mente y ejecute sin vacilar lo que esta idea le dicte. Fuera el medium de la estancia, los que en ésta permanecen convienen en un acto sencillo que aquél habrá de ejecutar, como, por ejemplo, tocar un objeto determinado. Al entrar otra vez el medium todos los concurrentes concentran su pensamiento en el acto que ha de realizar, cuidando empero de no descubrirlo por un gesto ni por una mirada, y si proceden como es debido, aquél acierta y ejecuta fácilmente la cosa convenida. Este experimento puede facilitarse más si uno de los

presentes al entrar el medium en la habitación se sitúa detrás de él, y colocando encima de sus hombros, aunque sin tocarlos, las manos extendidas, le va siguiendo paso á paso sin por esto dejar de concentrar su pensamiento en el acto concertado.

La fig. 4 da una idea de este experimento interesante ejecutado en esta última forma.

Otra variante nos muestra el siguiente ejemplo:

Un individuo es hipnotizado y el hipnotizador procura sugerirle determinados mandatos. El hipnotizador se coloca á alguna distancia y detrás de la butaca en que se sienta el sujeto hipnotizado, y sin decir una palabra hace los gestos que los circunstantes le indican. La orden mental enérgica para que imite esos movimientos es transmitida telepáticamente al paciente, que se encuentra en estado de sonambulismo y que ejecuta sin vacilar lo que se le manda.



ESTUDIO DEL PINTOR FRANCISCO DE LENBACH. (Véase el artículo.)

El tercer modo de transmisión telepática del pensamiento ocurre muy á menudo. Una persona va por una calle, y por otra que desemboca en ésta viene un amigo suyo: ninguno de los dos ve al otro, del cual le separa á veces buena distancia, y sin embargo, sin saber por qué, en un mismo momento piensan el uno en el otro y al encontrarse frente á frente en la esquina exclaman:

– En este instante estaba pensando en usted.

– Y yo en usted. ¡Qué casualidad!

¡Casualidad! Nada de esto: los dos sujetos han sentido su recíproca proximidad, han pensado inconscientemente el uno en el otro y mutuamente se han transmitido ese pensamiento.

Ejemplos análogos al que citamos ocurren como hemos dicho, con frecuencia suma en la vida ordinaria: algunos llaman presentimientos á esas transmisiones, otros califican de supersticioso y punto menos que necio al que en ellas cree; pero el hecho es que el fenómeno existe, y que á no buscarle una explicación sobrenatural, forzoso es admitir la que nos ofrece con más garantías de acierto la transmisión telepática del pensamiento.

(Del *Schorerfamilienblatt*)

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN